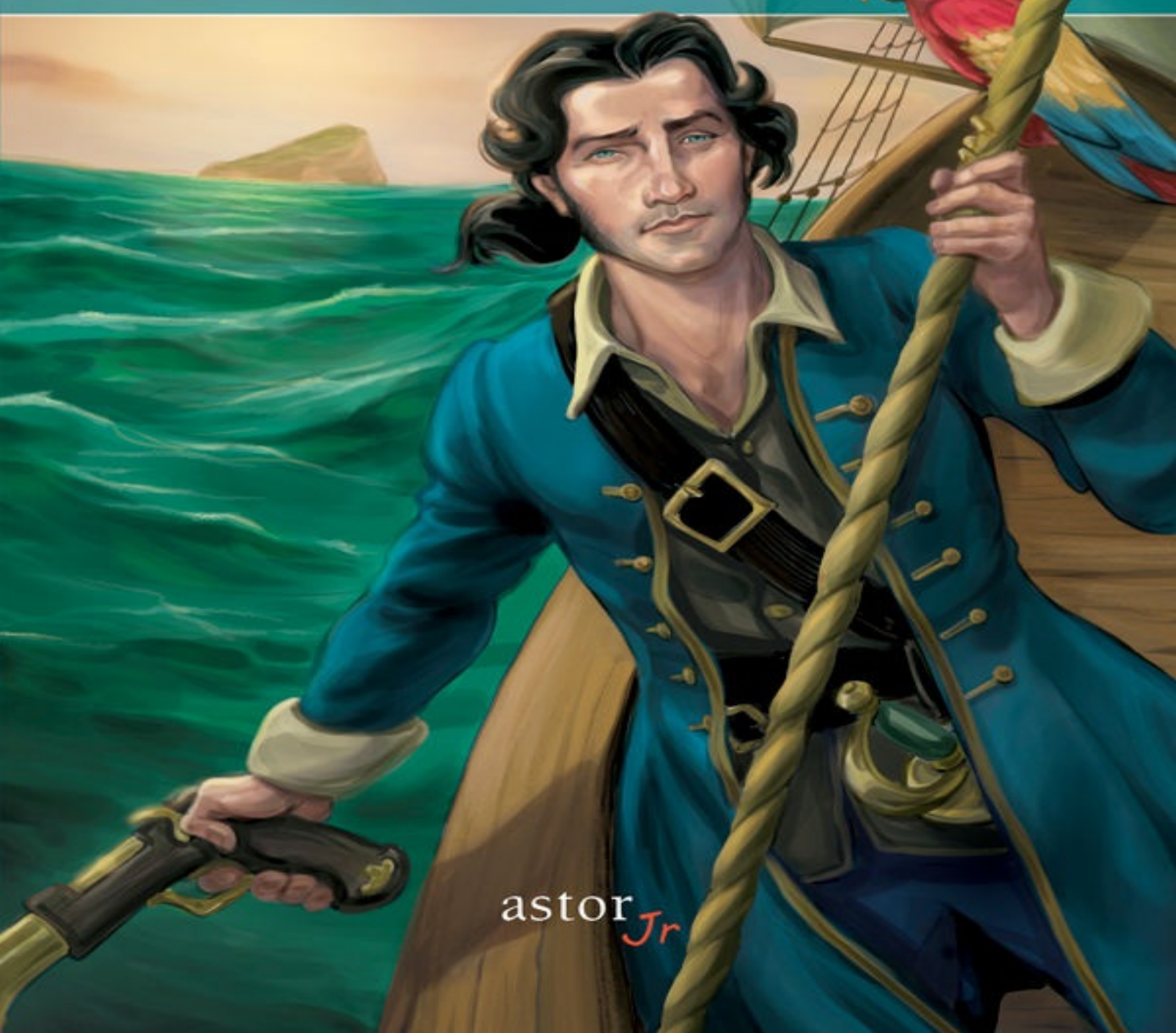


Juan Pedro Delgado Espada

EL ÚLTIMO PIRATA



astor Jr

JUAN PEDRO DELGADO ESPADA

El último
pirata

astor *Jr*

Colección: Astor jr
Director de la colección: Ricardo Regidor

© Juan Pedro Delgado Espada, 2015
© Ediciones Palabra, S. A., 2015
Paseo de la Castellana, 210 – 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 – (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
epalsa@palabra.es

Ilustración de cubierta: Javier Monsalvett
Diseño de portada: Raúl Ostos
Diseño de ePub: Erick Castillo Avila
ISBN: 978-84-9061-213-2

Todos los derechos reservados

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

*A la memoria de mi madre,
que siempre tuvo un corazón magnánimo.*

*A mi padre,
un ejemplo para todos.*

*A Reyes.
A José María, Reyes, Juan Pedro,
Carmen, Javier, Gonzalo, Jaime,
Bosco y María Teresa.
Ellos, con su aliento,
impulsaron las velas de esta historia.*

Prólogo

Cuerda de presos

Año 1710. Isla de Saint Kitts, Mar Caribe

—¡Vamos, vamos! ¡Aligerad el paso, bastardos!

Los presos, que acababan de ser desembarcados de un navío de guerra, intentaban apresurar la marcha, pero los grilletes sujetos a sus tobillos no lo permitían. Eran treinta y cuatro cautivos, todos con ropas desgarradas, rasguños y algunas heridas leves. A los heridos más graves los habían lanzado ya por la borda, a los tiburones. Fue un sangriento festín para los escualos. Solo el joven Peter Scott se atrevió a protestar ante tamaña barbarie ejecutada por los soldados, pero no sirvió para nada. Así eran las leyes del mar, pensaron muchos de los presos.

—¡Camina más rápido, pirata! ¡La horca te espera!

Peter recibió una sonora bofetada y esta despertó al resto de presos que, exhaustos, andaban casi por inercia. Peter Scott miró con furia al soldado.

—Algún día te mataré —le amenazó con cólera contenida.

—Tú morirás mañana balanceándote al extremo de una cuerda y, mientras, yo me echaré al colete una buena jarra de vino —le espetó el soldado con sorna.

La rabia del muchacho se transformó en pena y desesperación. Sabía que iba a morir y que era demasiado joven para ello. Hubo un tiempo, no muy lejano, en que aquellos hombres uniformados habían sido compañeros de armas, paisanos, hijos de su misma tierra. Ahora eran enemigos y no tendrían piedad con él.

—¡Muerte a los piratas! ¡A la horca! —vociferaban los habitantes de la isla, que se iban acercando a los presos con odio en los ojos.

Los gritos terminaron por encender a la muchedumbre que, iracunda, se abalanzó con furia sobre la cuerda de presos. Los soldados no podían contener la masa de lugareños airados. A su vez, la chusma enardecida no lograba romper aquel racimo de hombres esposados, así que la emprendieron a palos con los presos, que, indefensos, aguantaban los golpes ocultando los rostros entre sus brazos encadenados.

Todos habrían muerto allí mismo si no fuera porque dos pelotones de soldados armados con mosquetes irrumpieron violentamente en la escena y, rodeando a los cautivos, los escoltaron hasta la prisión del fuerte.

Aun cuando el tumulto había cesado, tres guardias se afanaban en sujetar a un

hombre que echaba espuma por la boca y seguía gritando como un endemoniado:

—¡Muerte, muerte sin piedad a todos los malditos piratas! ¡A la horca con ellos!

Los presos fueron liberados de las argollas y empujados a una amplia celda. Aquellos hombres dejaron caer sus cuerpos destrozados en el duro suelo y tristemente cerraron sus ojos. Desdichados y sin esperanzas, no deseaban ya sino que el verdugo hiciera pronto su trabajo y les mitigara la agonía de la terrible espera. La muerte era su destino y les acechaba en forma de horca.

—¡Soy inocente! –gritó Peter Scott asomándose a los barrotes—. Muchos de estos hombres y yo no merecemos la muerte. ¡Exigimos un juicio! ¡Dejad que podamos defendernos ante un tribunal!

—¡Caramba, muchacho! –respondió uno de los carceleros mientras jugaba a las cartas con otros tres soldados—. ¿Desde cuándo los piratas necesitan un juicio? Para vosotros no hay más juicio que el de la vida eterna. No te preocupes, mañana mismo comparecerás ante el tribunal de Dios. ¡Doblo mi apuesta con estas tres monedas!

—Escuchad, soldados: muchos de nosotros somos inocentes, ¡ayudadnos!

—Está trastornado y no sabe lo que dice –rió otro carcelero mientras observaba sus naipes.

—¡Por mil tormentas! –gritó furioso un tercer soldado, levantándose—. Me retiro. Mis cartas no valen una higa. Estos presos me han traído mal fario.

—Yo te conozco, soldado. ¡Mírame, por Dios! –clamó de nuevo Peter Scott, dirigiéndose al carcelero que se había levantado.

El hombre se acercó a la hilera de barrotes que cerraba la celda, mientras escupía al suelo.

—¿Qué quieres, infecto perro de mar?

—Soy Peter Scott. Yo he vivido en estas tierras. Soy de los vuestros.

—Sí... tu cara me es familiar, muchacho –el rostro del soldado se endureció de repente—. En tal caso eres un descarriado, un traidor.

—¡No, no es cierto! Escucha, necesito que busques al capitán William Van Wilson.

—El capitán Van Wilson hace semanas que no viene por esta isla.

—¡Dios mío, qué mala suerte! ¡Es mi fin! Soldado, si eres buen cristiano, ten piedad de mí y lleva al gobernador o a su hija este cuaderno –suplicó entonces el joven entregándole un manuscrito extraído de sus ropas harapientas.

El carcelero soltó una sonora carcajada y volvió a escupir.

—El gobernador difícilmente recibirá a un vulgar soldado. Me arriesgo a ser azotado por llevar el mensaje de un pirata que está a punto de morir en la horca.

—Es posible, pero lo que está escrito aquí puede salvar vidas inocentes. Por favor...

—Haré lo que pueda. Ahora es mi turno de descanso y me voy a la taberna –tomó el cuaderno de entre las rejas y lo manoseó distraídamente, guardándoselo en un bolsillo.

—La suerte está echada —musitó Peter Scott, arrodillándose y comenzando a rezar.

El soldado salió de la prisión y se dirigió a la taberna del Pez Espada, que en aquella hora de mediodía aún no se había llenado. Buscó una mesa tranquila y pidió su habitual jarra de vino. Vagamente recordaba a aquel muchacho, quizá fuera verdad que era oriundo de las islas. No era raro que algunos se convirtieran en traficantes o piratas. Muchos lo hacían por miedo, tras caer en manos de los filibusteros. Otros, porque aspiraban una vida de aventuras y riquezas. Sí, eso era. Muchos se hacían ricos fácilmente con los saqueos... Pero otros morían en combate y al resto les esperaba la horca. Quizá fuera un riesgo que mereciera la pena.

No tenía claro si llevar o no el cuaderno al gobernador, que residía en la cercana isla de Nevis. Mientras lo pensaba, bebió un trago de vino y, picado por la curiosidad, comenzó a leer el manuscrito.

Capítulo I

El manuscrito

Mi nombre es Peter Scott y vivo en Nevis, una de las pequeñas islas que jalonan el Mar Caribe. Nevis y la cercana isla de Saint Kitts están bajo el mandato del virrey de Saint Dennis. Entre las dos islas se reparten cuatro regimientos de su Majestad británica. Soy cadete del tercero de estos regimientos, el que más alumnos tiene en sus filas. Ninguno de los jóvenes de la academia alcanza los quince años. El tutor de nuestro regimiento es el capitán William Van Wilson, un valiente militar que combatió junto a mi padre; es el oficial que tiene bajo su mando todas las tropas acuarteladas en Nevis. El capitán es un gran estratega y mejor espadachín. Es hombre capaz de vivir con poco y disfrutar con todo. Es el mejor instructor que tenemos y, gracias a su ejemplo y dedicación, los guardiamarinas a sus órdenes destacamos sobre el resto.

Por expreso deseo de mi padre, afamado capitán de marina, y con la ayuda del capitán Van Wilson, me enrolé en el ejército.

Cuando esto ocurrió, mi padre no tuvo la dicha de saberlo: acababa de morir a manos del terrible pirata Calavera Negra, el ser más sádico que navega por los mares, un hombre sin alma, sin compasión, que no duda en asesinar a mujeres y niños. Desde entonces, mi mayor deseo era vengarme de Calavera Negra y, de paso, dar su merecido a todos los piratas que infectan las aguas del Mar Caribe. Procuro prepararme lo mejor posible para ser algún día capitán de navío y anhelo oír las baterías de cañones lanzando fuego sobre los barcos enemigos.

Mi otro tutor, y gran amigo, es el padre Antonio, sacerdote de mirada profunda, compasivo y cercano. El padre Antonio me insiste muchas veces en que los piratas son pobres desgraciados que, no teniendo otra alternativa en la vida, se dedican a saquear y atacar los barcos y puertos que encuentran en su camino.

—Los piratas y filibusteros, aunque desalmados y crueles, son también almas de Dios —me explicó un día en la puerta de la vieja catedral de la isla—, son hombres que, expulsados de nuestra sociedad por haber cometido un delito o por no tener oficio, se embarcan en esos navíos de bandera negra. Buscan una nueva y mejor vida, aventuras, tesoros. Son unos pobres diablos desventurados, en el fondo buscan su sitio en el mundo y ansían la tranquilidad de un hogar... No toda la vida pueden vagar por los mares.

—¡Padre Antonio, no los disculpe! Usted cree que esos malditos bastardos pueden ser alguna vez buenas personas. Pero no lo serán jamás. Son una banda de ladrones y

asesinos. Matan por un puñado de doblones y no tienen corazón.

—Son personas. Pobres desgraciados que, atraídos como el hierro al imán por el afán de riquezas, se han convertido en seres temibles, feroces, osados...

—¡... Infames! —le interrumpí de nuevo—. Con el valor de nuestros soldados y la potencia de nuestros cañones les daremos su merecido y algún día acabaremos con esta lacra...

—Algún día... Así Dios lo quiera.

Y el padre Antonio se sumergió en sus pensamientos, quizá recordando otros tiempos, porque él también combatió a los piratas. Había sido un gran teniente de navío, con un prometedor futuro en el ejército. Pero Dios lo llamó a su servicio y desde entonces pastorea a los habitantes de la isla. Se ha ganado el respeto de todo el mundo. Acoge a la gente con cariño y mansedumbre, y, no obstante, aún en su porte, en su mirada y en todo su ser, guarda la esencia del soldado que fue. Se ha prometido que jamás va a volver a empuñar un arma. Y yo le admiro. Grande es su fe para dejar la vida del mar, llena de aventuras y placeres, por el silencio, la quietud y la oscuridad de los muros de una iglesia.

—Ha venido a mi casa el señor Walter Logan —el sacerdote es para mí como un segundo padre y le consultaba con frecuencia—. Quería comprar el baúl con todos los planos y mapas de mi padre. Me dijo que todas esas cartas de navegación le facilitarían sus negocios por todo el Caribe.

—¿Y cuál fue tu respuesta?

—Le respondí que los recuerdos de mi padre no estaban en venta.

—Has hecho bien. Todos esos mapas te podrán servir a ti en el futuro. Disponer de buenas cartas marítimas es siempre una gran ventaja para todos los que surcan los mares.

—Pero, al negarme a vender, me ha confesado que está dispuesto a pagar una gran suma de dinero.

—¿Una gran suma de dinero? Verdaderamente para un comerciante como el señor Logan las cartas de navegación son de mucha utilidad, pero... ¿cuánto te ha ofrecido por ellas?

—Ha dicho que puedo poner la cifra que yo quiera. Asegura que para sus próximas operaciones comerciales necesita estas cartas y, sin ellas, perderá algunos importantes negocios.

—¿Está dispuesto a pagar cualquier cantidad? Es extraño. Los buenos mapas suponen la clave para muchos negocios y algunos planos pueden tener un valor incalculable. Entonces, tienes en ellos un valioso instrumento. Sin embargo... —el padre Antonio se quedó pensativo unos instantes y luego continuó— es sospechoso y en este interés del señor Logan debe de haber algo que desconocemos. Por mucho valor que

tengan esos planos, nadie ofrece doblones a discreción por ellos.

—¿De qué doblones habláis, padre Antonio? —interrumpió mi tío, Robert Scott, que acababa de llegar tambaleándose y despidiendo un intenso olor a alcohol. Mi tío, que fue también un valiente capitán de navío, no soportó la muerte de su hermano mayor y se refugió en el alcohol. Bebió y bebió para olvidar nuestra terrible pérdida, hasta convertirse en un redomado borracho. Le quitaron todos sus galones, cancelaron sus condecoraciones y fue expulsado de la marina.

—Hola, tío Robert —dije.

—Hola, Robert. Hablábamos de los mapas de tu hermano, que en paz descanse. El señor Logan quiere comprarlos a buen precio —saludó el padre Antonio.

—¡Ah! Yo me deshice de los míos, se los vendí todos a ese Walter Logan por un puñado de doblones.

—¿Qué esconden esas cartas marinas que parecen tener tanto valor para el señor Logan? —preguntó el sacerdote.

—¡Nada! Son caprichos de un comerciante adinerado. ¡No hay nada especial en esos mapas! No lo dudes, Peter, véndelos. ¡Les invito a una copa, caballeros! —exclamó a renglón seguido agarrándonos a ambos por el brazo.

El padre Antonio quiso entonces corregir la conducta de mi tío y lo apartó unos metros. Le habló en voz baja, pero, aun así, pude oír lo que decía.

—Debes dejar de beber, Robert. ¿Este es el ejemplo que das a tu sobrino? Con la bebida no pondrás solución a tus problemas.

—¿Y qué quiere que haga, padre? Ya no soy nadie. Y el ron hace olvidar esta maldita realidad que me oprime día y noche. El alcohol ahoga mis males y me libera de todos los sufrimientos —dijo dolido.

—Después de tu difunto hermano eres el mejor capitán de navío de todo el Caribe. Deja de beber y vuelve a la mar.

—¿Volver a la mar? ¡Imposible! Zarpar de nuevo solo me traería terribles recuerdos. ¡No podré soportarlo! —sollozó.

—¡Sí puedes! Ni siquiera lo has intentando. Deja la bebida y vuelve a luchar. Necesitamos al capitán Robert Scott.

—¡No! —gritó con desesperación—. Nunca volveré a ser el mismo.

—Te equivocas, capitán. Te hablo de soldado a soldado: ¡Volverás a estar al frente de un navío! ¡Busca dentro de ti!

Durante unos instantes el rostro de mi tío pareció iluminarse por un efímero rayo de esperanza. Pero fue solo un momento.

—Estoy sediento. Me marchó a la taberna del Holandés. Allí tenéis mesa, un vaso de ron y la mejor compañía —dijo y se marchó balanceándose.

Lo miré, triste, mientras se alejaba. Me dolía verlo así.

—El alcohol no nos saca de nuestros problemas; al contrario, nos crea otro añadido y no es fácil solucionarlo —me explicó el padre Antonio.

—La culpa es del maldito Calavera Negra —dije.

El sacerdote asintió con pesar. Las campanas de la catedral tañeron doce veces y entramos para rezar a la Virgen.

—Que Nuestra Señora de las Nieves nos guarde a todos, ampare a Robert Scott y sople en las brasas de su corazón herido y humillado. Si Dios quiere, su corazón arderá de valor y volverá a capitanear un barco —oró el padre Antonio.

* * *

El padre Antonio es hijo de un caballero español que, afincado en Inglaterra, casó con una bella dama británica. Por sus venas corre sangre de estas dos grandes naciones, tantas veces enemigas. Quizá por eso tiene un inmenso corazón donde caben todas las personas, cualquiera que sea su nacionalidad o condición.

Una semana después de aquel día que despedimos a mi tío camino de la taberna, el padre Antonio y yo volvíamos a estar en la puerta de la catedral, hablando de diversos aspectos de mi instrucción militar, cuando vimos que se acercaban el señor Logan, su secretario, el señor Sharp y su criado negro.

El señor Walter Logan era un caballero entrado en años, que, a diferencia de otros prósperos negociantes de la isla, no era ni mofletudo ni barrigón. Sí era especialmente avisado para el comercio; contaban de él que negociaba como nadie, y tenía la habilidad de comprar y vender mucho y a buen precio. Quizá por eso nunca había oído ni de lejos una bancarrota. Junto a él caminaba Brian Sharp, un viejo marino listo y hábil del que se decía que era más socio y amigo de Logan, que secretario. Y, guardando las espaldas a ambos, el fiel criado negro del señor Logan, un mocetón grande y ancho, parco en palabras y sobrado de músculos, al que llamaban Maku Piku.

—Buenos días, caballeros —el señor Logan nos saludó con una afectuosa sonrisa.

—Buenos días, señor Logan —respondí.

—Buenos días nos dé Dios —añadió el padre Antonio—. ¿Qué tal van sus negocios?

—Marchan por buen camino —replicó Logan, con otra sonrisa—, cuando se trata bien a clientes y proveedores, todo el mundo está contento y los doblones fluyen sin detenerse.

—Y supongo que anda constantemente buscando nuevas vías de negocio —replicó el padre Antonio—. Deduzco que es por eso que está tan vivamente interesado en comprar los mapas y planos del difunto capitán Scott.

—Así es, padre. Todos esos legajos son para mí de vital importancia. ¡Mis negocios los reclaman! Pero —añadió bajando la voz— necesito uno de ellos especialmente. Ese

mapa es único en el mundo. Para el común de los mortales, los datos que contiene carecen de valor. Es más, quien lo posea puede estar en peligro de muerte. Pero para mí es, cómo diría yo, un tesoro.

—Mi padre tenía entre sus documentos casi medio centenar de mapas. ¿Cuál es ese mapa? ¿Qué utilidad tiene para usted? —pregunté ingenuamente.

—¡Ah, chico! Ese es un secreto que ni pienso ni puedo desvelar. Por eso estoy dispuesto a pagar la cantidad que dispongas.

—Y con doblones contados, muchacho. ¡Una fortuna! Gracias a Walter Logan se te acabaron todos los problemas económicos —matizó Brian Sharp, con una sonrisa pícara.

—¿Qué me recomendáis que haga, padre Antonio? —pregunté volviéndome a él.

—Amigos, no se despachan grandes negocios a la ligera. Peter se tomará unos días para pensarlo, lo hablará con su madre y luego tomará una decisión sobre los legajos de su difunto padre.

—Su madre aprueba que los venda —interrumpió Brian Sharp—. Acabamos de hablar con ella y da su permiso para la venta. Necesitamos únicamente la conformidad de este joven.

Miré al padre Antonio. Yo estaba dispuesto a dar el sí y pensaba ya en una hermosa cifra para el precio de la venta, pero por suerte el buen sacerdote me hizo esperar. De esta forma, aquel día perdí un montón de doblones y cualquier otro lo hubiera lamentado amargamente. Pero aquel mapa secreto, perdido en un viejo baúl, inservible para el común de los mortales, me dio la llave para una terrible aventura.

Capítulo II

Capitanes y piratas

Debo confesar que siempre me opuse a ingresar en el cuerpo de cadetes. A pesar de los deseos de mi padre, la verdad es que no quería convertirme en soldado, pero la muerte de mi padre a manos del maldito Calavera Negra me hizo recapacitar. Pero, aun así, tampoco me atrevía a dar el paso definitivo. Fue el padre Antonio quien me aseguró que yo podría desempeñar un buen papel en nuestras tropas y que sería un buen capitán de navío.

—No sé si valgo para dirigir barcos y luchar contra piratas. Temo no ser un buen soldado —le decía.

—Si te lo propones, serás un gran capitán —me aseguró el sacerdote—. Veo en ti la figura de tu padre, el capitán John Scott. Has heredado su espíritu valeroso y osado. Por tus venas corre la sangre de tus antepasados, que fueron grandes soldados. Y, aunque fueras cojo o manco, estoy convencido de que podrías hacer una gran carrera militar.

—¿Cojo o manco? Se burla usted de mí, padre.

—¡En absoluto! Hay grandes marinos que han perdido en combate algún miembro de su cuerpo y no por ello han dejado de ser buenos soldados. Recuerdo un legendario capitán que era manco, cojo y tuerto. Lo que le faltaba de cuerpo lo sustituía con un corazón valiente. También algunos temibles piratas hacen gala de sus heridas, sin importarles qué miembro les falta. Acuérdate del desaparecido Igor el Rojo, al que un solo ojo le valía para ser el pirata con más vista de todo el Caribe; de Jean Pata de Palo, un filibustero tan ágil que jamás nadie diría que le falta una pierna.

—¿Es cierto que mi padre fue derrotado en una ocasión por Igor el Rojo? —le pregunté recordando aquel pirata temible que navegó por nuestros mares.

—Así es. Has de saber que Igor el Rojo era un afamado pirata, elegante, valiente, hábil estratega, grandísimo marino y buen luchador. Tu padre se enfrentó dos veces a este filibustero. En la primera ocasión, llegaron a cruzar las espadas violentamente. Ambos eran hábiles espadachines y ninguno era capaz de derrotar al otro. Pero tu padre tuvo el infortunio de resbalar y quedar a merced del pirata. Igor el Rojo levantó su espada para arrebatarle la vida, pero algo pasó por su mente que detuvo el golpe fatal. «John Scott, sé que eres un caballero justo, leal a tu rey y compasivo con tus prisioneros. Esta vez no vas a morir. Ambos somos enemigos de Calavera Negra y esto me impide matarte», contaba tu padre que le dijo el pirata con una sonrisa. ¡Verdaderamente la fama

de tu padre era grande entre los piratas! Era un gran caballero, respetaba a los heridos y los presos recibían un trato justo y respetuoso. En sus barcos ningún reo fue ejecutado, eso lo dejaba para los tribunales. Quizá por todo esto, Igor el Rojo le respetó la vida y allí terminó aquella contienda. Los piratas soltaron amarras y se alejaron a todo trapo.

—Sin embargo, el capitán Van Wilson me contó que un año más tarde mi difunto padre derrotó a Igor el Rojo.

—Es verdad, fue casi un año después. Tu padre comandaba dos balandras rápidas y muy bien artilladas. Avistaron un bergantín que intentó esquivarles, pero los navíos de John Scott pronto le dieron alcance. El bergantín, al no poder escapar, se aprestó a presentar batalla y levantó su bandera pirata, un gran paño rojo, con una calavera y dos tibias cruzadas. Era la enseña de Igor el Rojo. En aquellos momentos, tu padre sintió tener que luchar de nuevo con aquel filibustero que le había perdonado la vida, pero sus órdenes eran enfrentarse a todo pirata que surcara los mares y no tenía otra alternativa. Ordenó que los dos navíos se pusieran en posición de batalla y abrieron fuego. Los buques de la armada descargaron sus cañones sobre el bergantín, que a su vez respondía con andanadas por cada uno de sus costados. El barco pirata sufrió muchos destrozos. Nuestros soldados y cañones doblaban en número a los de Igor el Rojo y, tras una hora de combate, hundieron el bergantín y apresaron a todos los hombres.

—Así deben acabar todos los piratas: muertos o presos y cargados de cadenas. Aunque... Igor el Rojo era un pirata caballeroso y perdonó la vida a mi padre —añadí con cierta lástima.

—Cierto. Sin embargo, esta vez le tocó a tu padre tener compasión. «Aún debemos derrotar a Calavera Negra», le dijo sonriendo al pirata. Tras rendir honores a los muertos de ambos bandos y curar a todos los heridos de la tripulación enemiga, ordenó que fueran abandonados en una isla desierta, dejándoles algunas armas, alimentos y agua. Tu padre hizo jurar a Igor el Rojo que jamás volvería a officiar la piratería. El pirata aceptó el trato y desde entonces nadie lo ha vuelto a ver.

—¿Conoció usted a Igor el Rojo? —pregunté.

—No, pero tu padre me habló muchas veces de él. Era un pirata a la fuerza, un hombre que se lanzó a la piratería por venganza. Y nunca dejó de ser un caballero.

—Me hubiera gustado conocer a ese hombre... aunque unos dicen que murió en aquella isla aquejado de unas fiebres malignas; otros aseguran que murió enfrentado a Calavera Negra, su enemigo mortal; otros...

—Eso son habladurías —me interrumpió el padre Antonio—, Igor tiene más vidas que un gato. A mi juicio, seguramente debió de respetar la promesa hecha a tu padre y quizá se encuentre en Europa, viviendo como un rico hacendado. Ese pirata es listo, tiene muchos recursos y no se deja coger fácilmente.

Capítulo III

Baile en el palacio

Pasado el tiempo, me alegré de estar en el cuerpo de cadetes. Disfrutaba aprendiendo las diversas materias de estudio, sobre todo las relacionadas con la instrucción naval, los combates y el uso de las armas, especialmente la espada.

Todos los jóvenes que teníamos la suerte de pertenecer a la academia naval portábamos orgullosos nuestros uniformes y nos sentíamos especiales, únicos. Y los días en que había fiestas y celebraciones en la isla teníamos la oportunidad de lucir nuestros trajes más elegantes, especialmente la casaca azul de los cadetes y el sable de gala del ejército.

Los guardiamarinas anhelábamos los días en que el barón de Saint Dennis, el virrey de las dos islas, al que llamamos «señor gobernador» o «gobernador», organizaba bailes en su palacio de Nevis, donde residía con su familia. Eran momentos en los que disfrutábamos de relativa tranquilidad y paz, porque la elección de la fecha no dependía del santoral ni de la celebración de alguna victoria. Los bailes se celebraban un determinado día porque nuestros espías nos aseguraban que no se preveían ataques piratas, no había barcos a los que socorrer y las naves de bandera negra más cercanas se encontraban a cientos de millas de la isla. Era en estos períodos de calma cuando el gobernador decidía organizar una de sus lujosas fiestas, las cuales, con un poco de suerte, tenían lugar una docena de veces al año.

Aquel día había fiesta en palacio y, vigilando el acceso a los grandes muros que protegían la vivienda del gobernador, encontré a mi tutor y amigo el capitán William Van Wilson con gesto serio. Era un ser risueño y mesurado, por lo que me extrañó verlo inquieto y preocupado en un día de asueto.

Recordé que, pocas semanas atrás, un buque militar con toda su tripulación había desertado pasándose al bando de los piratas. «Con Calavera Negra trabajan menos, ganan más y viven mejor», dijo alguien. Pensé en que se habían producido nuevas deserciones. El capitán, hombre cabal, sin pizca de doblez, absolutamente fiel al gobernador, sufría con las traiciones de los soldados y las noticias de marineros que se pasaban al bando de Calavera Negra le dolían sobremanera.

—Intuyo que se avecina tormenta —me confió Van Wilson en un susurro.

Miré el horizonte, huérfano de nubes. Era un atardecer despejado y solo corría una suave brisa.

—Se burla usted de mí, capitán. El cielo no anuncia sino una espléndida noche, fantástica para festejos y celebraciones.

—Intuyo tormenta... —repitió con la mirada perdida, hablando para sí mismo.

—Capitán, si se refiere a que puede haber un ataque pirata, usted sabe como nadie que jamás se organiza una fiesta en Nevis sin contar con la plena seguridad de que los barcos piratas más próximos estén a millas de distancia. Además, el capitán Morg vigila nuestras costas con sus dos navíos de guerra.

—Tienes razón, Morg navega cerca de nuestras costas con dos barcos. Sin embargo, en ocasiones el instinto te pone sobre aviso de algo... Y ese algo lo intuyes pero no lo puedes ver. Pienso que en la isla hay en estos días más espías que nunca y este mediodía ha habido gresca en una taberna y durante la refriega han muerto dos soldados —Van Wilson calló, serio.

—¿Han apresado a los asesinos?

—Eso es lo peor: al parecer, eran solo tres hombres y han logrado escapar. Nadie en esta isla tiene el valor de enfrentarse a mis soldados y esos asesinos deben, por tanto, ser piratas —me aseguró mientras se alejaba unos pasos, oteando el horizonte—. Creemos que Calavera Negra y sus filibusteros están lejos, pero el instinto me dice que estamos equivocados. Ten los ojos bien abiertos.

Entré pensativo en los jardines de palacio, pero al ver el bullicio y el ambiente festivo previo al baile procuré olvidar al bueno del capitán Van Wilson y sus miedos. No era la primera vez que se capturaba a algún pirata en la isla. O incluso a algún espía de Calavera Negra.

Me ajusté el uniforme y sonreí complacido. Se acercaba el momento de volver a ver a la reina de la fiesta. Una preciosa joven de catorce años llamada Lidia de Saint Dennis, la hija del gobernador. Lidia es la reina de los corazones de todos los cadetes, no por ser la hija de quien era, sino por su incomparable belleza. Ella y sus amigas atraen como la miel a las moscas al cuerpo de guardiamarinas al completo. Ninguno de nosotros les pierde la vista a estas preciosas muchachas, relucientes en su juventud. Los cadetes disfrutamos de cada instante de estos bailes y nos divertimos tanto que estas fiestas transcurren en un suspiro. Hay un gran banquete y todos lo pasamos en grande, bromeando, cortejando y bailando con las bellas damiselas.

Aunque, para Lidia de Saint Dennis, lo de bailar es un decir. Rara vez su madre, a la que llamamos «la gobernadora», nos permite acercarnos a ella, y mucho menos invitarla a bailar. La buena señora, que supervisa y controla cada palmo de terreno de su palacio, vigila los movimientos de la joven y evita todo contacto o proximidad de su hija con los guardiamarinas. Ni su colección de jarrones chinos tiene a tan buen recaudo. Nos mira siempre con cara de pocos amigos y prohíbe a Lidia que baile con nadie, salvo con su señor padre. A veces, abre un poco la mano y permite que la muchacha baile con algún

pachucho y viejo caballero, cercano a estirar la pata más pronto que tarde.

Pero aquel día sucedía algo singular. La gobernadora, muy a su pesar, se encontraba postrada en cama, aquejada de un resfriado y sumida en altas fiebres. Así que no tendríamos que ver el ceño fruncido de la buena señora. Como dijo un compañero cadete algo primitivo, la veda se había abierto y los guardiamarinas hacíamos cola para bailar con Lidia de Saint Dennis. La bella muchacha aceptaba amablemente la mano de cada guardiamarina que solicitaba un baile y danzaba alegre y ligera, moviendo su grácil figura al compás de la música.

Llegó mi turno y Lidia me miró con una sonrisa cálida y acogedora. Rocé su mano con la mía y pude notar cómo se aceleraban los latidos de mi corazón.

—Buenas noches, lady Lidia, me llamo Peter, Peter Scott —balbucí casi hipnotizado.

—Lo sé —respondió con una voz que me cautivó al instante—. Nos hemos visto algunas veces en el palacio y el capitán Van Wilson le habló de ti a mi padre. Dice que eres uno de los jóvenes con más futuro del regimiento.

—El capitán Van Wilson exagera. Estuvo a las órdenes de mi difunto padre y se siente en deuda con él. Es para mí como un padre.

Los acordes musicales interrumpieron nuestra conversación y el baile dio comienzo. Nuestras miradas furtivas se cruzaron en repetidas ocasiones y observé que su rostro se ruborizaba cada vez que los ojos limpios de mi corazón escrutaban su alma. Amaba a aquella joven desde el primer día que la conocí. Yo tendría unos nueve o diez años cuando acompañé a mi padre al palacio del gobernador, el cual recibía a los oficiales y sus familias. Y allí estaba ella, con un precioso vestido celeste, como una princesa de los cuentos. Desde entonces, todas las noches pienso en Lidia antes de dormir. Y nunca faltó a las fiestas y actos de palacio, momentos únicos donde tengo una nueva oportunidad para verla. ¡Y ella también se había fijado en mí!

Tras el baile, a despecho de otros cadetes que esperaban turno, salimos a los amplios jardines que rodeaban el palacio y nos sentamos en un banco de piedra, semioculto de miradas indiscretas. El aroma de las flores embriagaba los sentidos. Estar junto a ella, pasear, contemplar su bello rostro, sus ojos, su voz, todo me enamoraba. Me invadía una dicha indescriptible. En aquel momento comprendí al padre Antonio cuando hablaba del cielo, cuando me contaba que, en la otra vida, las almas en gracia rebosarían de amor de Dios y serían felices. Aquellos instantes que disfrutaba junto a Lidia debían asemejarse a aquella experiencia divina.

—El capitán Van Wilson contó a mi padre que los Scott siempre han sido buenos soldados y la fama de vuestro apellido se extiende por todos los mares. Aseguraba que tu padre fue, hasta el día de su muerte, el capitán más temido por los piratas.

—Van Wilson admiraba a mi padre. Ambos, junto a mi tío, capitanearon diversos barcos de nuestra armada y es normal que sus nombres aún se recuerden en todo el mar

Caribe. Hasta el día del asalto a la Isla de los Predadores, era sin duda el capitán más famoso y temido –declaré con orgullo y callé.

Pero Lidia me miraba con auténtico interés, esperando el resto de la historia.

—Pero mi padre fue asesinado en aquel asalto. Un superviviente nos contó que se batía con el terrible pirata Calavera Negra cuando uno de sus malditos secuaces le disparó a traición... Dicen que malherido siguió luchando con el siniestro pirata, pero no pudo con él... eran muchos y le rodearon hasta acabar con su vida.

—Lo siento. Debió de ser muy duro para ti.

—Lo fue. Y, con su muerte, acabaron con Robert Scott, mi tío. Calavera Negra mató a mi padre e indirectamente destruyó a mi tío. No pudo soportar la muerte de su hermano y se dio a la bebida, se convirtió en un borracho. Fue expulsado de la marina y ahora vaga por la isla como alma en pena –respiré hondo—. Deseo vengarme de Calavera Negra. Quisiera hundirlo con su barco y sus hombres o traerlo preso, cargado de cadenas, hasta el fuerte de Nevis.

—Mi padre dice que algún día derrotaremos a Calavera Negra, los piratas desaparecerán de la faz de la tierra y viviremos en paz.

—Así lo creo yo también...

Ambos callamos y pudimos oír a la orquesta iniciando los sonos de un vals.

—Pero mientras tanto debemos olvidar el pasado. Hoy es un gran día, celebramos una fiesta y ¡por fin todos los cadetes hemos podido bailar con la hermosa hija del gobernador! –añadí contento, con una franca sonrisa—. Tu madre no deja que bailes nunca, pero hoy hemos tenido suerte. Este baile ha sido para mí especial, único.

—Y para mí. Yo también deseaba bailar contigo...

Nos quedamos en silencio, mirándonos el uno al otro.

—Quisiera pedirte algo... pero no me atrevo –declaré tembloroso.

—Creí que eras un muchacho valiente –me dijo, riendo—. Dilo ahora o calla para siempre.

—Está bien –respondí con una sonrisa—. Quisiera poder visitarte algunos días y conversar contigo como hoy. Pero no sé si te agradaría que venga a verte ni si es posible, con la férrea protección con que te guarda tu madre.

—Todos los días, al atardecer, suelo pasear por estos jardines. Puedes venir cuando quieras, mi madre no se enterará y para mí será grata tu visita.

Sus palabras me dieron una gran alegría. Nadie nos observaba, así que cogí su mano suavemente y la llevé a mis labios depositando en ella un delicado beso. Sabía que la amaba apasionadamente y que por ella daría gustoso mi vida.

Nos levantamos y nos dirigimos hacia la casa. Estábamos cerca de la pared que separaba el jardín del palacio del exterior cuando oímos ruido, como si alguien estuviera escalando la tapia. Desde lo alto del muro, un hombre saltó al suelo y nos miró. Tenía el

rostro sucio, horrible, casi inhumano. Aquel ser siniestro sonreía burlonamente y nos apuntaba con su pistola. ¡Era un pirata! Un pirata sin grilletes y armado. Su sola presencia daba terror. En ese momento sonó un potente cañonazo.

Capítulo IV

La invasión de la isla

Al primer cañonazo le sucedieron otros, repetidamente. Escuché redobles de tambores y cornetas que llamaban a la batalla. Sonaron múltiples explosiones y silbidos de balas. Oí gritos de angustia y alaridos de asaltantes. Y sin pensarlo dos veces me lancé al suelo arrastrando a Lidia. El disparo del pirata pasó rozando nuestras cabezas. En otra circunstancia, el ataque de aquel canalla me habría helado la sangre en las venas, pero ver en peligro a la joven que amaba, insufló valor en mi ánimo y, empuñando mi espada, acometí al pirata. Me percaté de que era mi primer combate a vida o muerte. El filibustero guardó su pistola descargada y empuñó un poderoso alfanje. Sonreía malévolamente, confiado en su fuerza. Atacó con furia y supe que el pirata no tendría piedad de mí.

—¡Dios mío! ¡Socorro! —gritó Lidia.

Me moví con rapidez, esquivando algunos golpes y parando otros. Estaba asustado, me empezaba a dar cuenta de que aquel hombre podía matarme en cualquier momento. Puse en juego todos mis conocimientos prácticos de esgrima y logré frenar sus violentos ataques una y otra vez. Cruzamos los aceros durante interminables minutos. El pirata comenzaba a impacientarse, no estaba acostumbrado a tanta resistencia.

—¡Muere, maldito, muere! —aullaba, ansioso por acabar.

Me daba cuenta de que sus prisas podían constituir una ventaja para mí. Y así fue, durante un solo instante el hombre descuidó su defensa y le lancé una cuchillada hacia el estómago, dejándole moribundo. Así derroté al primer pirata de mi vida.

Ayudé a incorporarse a Lidia, que me miraba con ojos de espanto, pero aliviada con mi victoria. Miré alrededor de nosotros; se veían bucaneros corriendo por el jardín y atacando a los que se cruzaban en su camino.

—¡Vamos, pongámonos a cubierto! Debemos escondernos en el palacio —grité atemorizado.

Corrimos hacia la vivienda del gobernador y allí observé cómo iban entrando algunos piratas que disparaban sus pistolas y acuchillaban a cuantos encontraban a su paso. Los rostros de los invitados estaban desencajados, algunos se quedaron paralizados ante lo inesperado del ataque y murieron acribillados a tiros. Los guardiamarinas más jóvenes se defendían como podían con sus sables de gala y protegían a las señoras y señoritas, que gritaban espantadas. Los piratas eran muchos y luchaban con denuedo, aterrorizando a

todos los presentes con su sola presencia.

Llegó Van Wilson con un pelotón de infantes de marina con las bayonetas caladas en sus mosquetes y se colocaron en posición de disparo.

—¡Fuego! ¡Al ataque, defendamos a nuestros seres queridos! —gritó el capitán, lanzándose espada en mano hacia una docena de bucaneros.

Varios soldados lo siguieron y se enfrentaron a los piratas dando gritos de guerra. Los militares eran expertos en la lucha cuerpo a cuerpo y diezmaron a los asaltantes, ensartando a los enemigos en sus afiladas bayonetas.

—¡Mis cuadros, mis cuadros! ¡Ponedlos a salvo de estos canallas! —aulló el barón de Saint Dennis, que corrió a refugiarse detrás de los soldados.

Los gritos aumentaron, había heridos clamando ayuda y el humo de la pólvora envolvió la sala de baile. Corrí junto a Lidia esquivando algunos cadáveres que yacían en el suelo.

—¡Piratas malvados, no toquéis mis obras de arte con vuestras sucias manos! —el gobernador increpó a dos piratas que buscaban nuevas víctimas.

Los filibusteros levantaron sus espadas para herir a Saint Dennis, pero una descarga de fusiles los dejó postrados en el suelo. Un pelotón de soldados rodeó al virrey, protegiéndole con sus cuerpos y sus armas.

—¡Apartad, gobernador! ¡Venid, que os cubrimos! —gritó uno.

Del piso de arriba bajaba la gobernadora en salto de cama dando voces, desesperada:

—¡Mi hija, buscad a mi pequeña! ¡A mí la guardia! —gritó la señora, envuelta en su bata de seda y con los pelos revueltos.

Los gritos de la gobernadora recordaron al virrey de Saint Dennis que tenía una hija de la que preocuparse.

—¡Socorro! ¡Salvad a mi hija! ¡Mi hija está en peligro! —gritó a su vez el gobernador percatándose del riesgo que corría Lidia.

Comprobé que en la sala principal del palacio los soldados habían preparado un parapeto con muebles sobre la gran escalera de mármol y escoltaban allí al gobernador. Fui hacia allá con Lidia de la mano, convencido de que en aquella defensa estaría segura.

Dos piratas nos cerraron el paso; protegí con mi cuerpo a la muchacha y crucé mi espada con ellos, que nos cercaron amenazadoramente. En mi interior había un firme convencimiento: si hacía falta, daría mi vida por Lidia. Varios infantes de marina acudieron en nuestra defensa enfrentándose a los piratas, los rodearon y los mataron sin piedad. El oficial de aquella tropa cogió del brazo a la joven y se la llevó con él.

—¡Bien, muchacho, sigue luchando! —me dijo mientras se dirigía con Lidia hacia la improvisada trinchera de la escalinata, llena de muebles y militares.

Comprobé que ella estaba a salvo y fui a ayudar en la defensa, uniéndome a mis compañeros que luchaban en un ala del palacio.

Mientras peleábamos con furia para defender la posición, acudió a mi encuentro el capitán Van Wilson. Llevaba la espada y la ropa manchadas de sangre.

—¡Peter, son tres barcos piratas y están cañoneando la isla! —me gritó en medio del fragor de la batalla—. Ve en busca de tu madre y hermano, quizá corran peligro y transmite la orden a tus compañeros con familia en la isla que hagan lo mismo. ¡Rápido!

—¡A sus órdenes, señor, allá voy! —le respondí y, tras hacer el saludo militar, salí corriendo del palacio, con la espada en la mano, gritando a cuantos encontré al paso las instrucciones del capitán.

Con el ajetreo del combate no había considerado el peligro que corrían mi madre y mi hermano Dick, de tan solo cuatro años. Dick era un niño muy alegre, cariñoso. Le quería con locura y para él hacía las veces de padre. Siguiendo las órdenes del capitán, corrí hacia casa, esperando y rezando para que ambos estuvieran sanos y salvos.

A la carrera fui observando todo y comprobé que era una invasión en toda regla: muchas casas habían sido incendiadas, la gente huía alocada, había cadáveres por las calles y los piratas aullaban ferozmente mientras se enfrentaban a quienes ofrecían resistencia a su sangriento allanamiento. El humo de las explosiones lo envolvía todo. Los filibusteros eran muchos y sembraban el terror. Me pregunté cómo era posible que nos hubieran invadido, que nos hubieran atacado por sorpresa. ¿Qué había sido del capitán Morg y de los dos barcos de guerra que tenían la misión de vigilar nuestras costas? ¿Qué había sucedido para que aquel ataque inesperado fuera posible?

La ciudad ardía por sus cuatro costados. Los cañonazos se multiplicaban, la gente corría despavorida, protegiéndose en improvisadas barricadas, donde soldados y civiles luchaban codo con codo, disparando contra los piratas. ¿Cómo es que había tantos enemigos? «Nos han vendido», me dije en voz alta y supuse que debía de haber muchos traidores ocultos en la isla. Pelotones de soldados corrían hacia el puerto. Multitud de piratas se dedicaban al pillaje. El caos y la destrucción llenaban las calles de la ciudad.

Llegué a mi casa y encontré un soldado muerto atravesado en la puerta, que estaba abierta. La vivienda estaba en completo desorden. Al no ver a nadie salí de nuevo, temiendo que algo grave hubiera pasado.

Tras unos minutos deambulando encontré a mi madre que corría enloquecida, con el labio partido, pidiendo ayuda a gritos.

—¡Ayudadme, se han llevado a mi hijo!

—¡Madre, madre!, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está Dick? —grité, abrazándola.

—¡Corre, por Dios, corre en su busca, se lo ha llevado un pirata! ¡Van todos hacia el puerto!

—No te preocupes —procuré calmarla con el corazón en un puño—, voy a buscarlo.

La dejé desolada, más o menos a salvo en una barricada con varios soldados, y me dirigí hacia el puerto, desde donde se avistaban los tres barcos de bandera negra que

cañoneaban la isla. Algunos piratas abandonaban ya nuestra ciudad en botes. Iban cargados de baúles, joyas, ropas... y también prisioneros. ¡Niños, mujeres y hombres, atrapados! ¡Pedirán un rescate por ellos o serán vendidos como esclavos! Vi a mi hermano, agarrado fuertemente por un pirata, llorando y pataleando desesperado.

—¡Miserables! ¡Ratas de mar! —me lancé espada en mano hacia los últimos filibusteros que escapaban.

—¡Matad, matad hasta el último hombre! —gritaba un pirata hercúleo, dando estocadas con su espada a diestro y siniestro.

¡Aquel hombre era Calavera Negra! Lo contemplé, asustado, por primera vez. Era alto y fuerte, con el rostro oscuro, surcado de pequeñas cicatrices. Tenía una mirada fiera y cruel. Vestía de negro y cubría su cabeza con un pañuelo también negro, con ribetes morados. Portaba dos pistolas al cinto y repartía mandobles con un gran alfanje, mientras aullaba a sus secuaces ordenando la muerte de todos.

Algunos infantes de marina se enfrentaban a ellos con espadas y mosquetes calados con bayonetas. Herí a un pirata, me defendí del ataque de otro y de repente me encontré frente a Calavera Negra, que dirigió sus ataques contra mí, con furia. Pude parar sus golpes, pero con su ímpetu me iba empujando hacia atrás. Me hizo retroceder varios metros hasta que tropecé y caí. Entonces se fijó en mi rostro.

—Vaya, vaya, tu cara me suena, muchacho. ¡Pero si eres un Scott!

—¡Asesino, mataste a mi padre! ¡Que Dios te castigue!

—¡El hijo de John Scott! Yo seré quien os castigue a todos.

Limpió su espada tranquilamente en las ropas de un muerto y la envainó con una sonrisa. Luego amartilló su pistola, apuntándome. A pesar de todo lo que llevaba vivido esa noche, el terror me impidió reaccionar.

—Calavera Negra te va a dejar un recuerdo en forma de bola de plomo en la cabeza, pequeño Scott.

—¡Capitán, capitán, el bote está preparado! ¡Venid rápido, llegan muchos soldados! —gritaban los secuaces de Calavera Negra a su jefe.

El último esquife de los piratas estaba a punto de partir. Calavera Negra me sonrió siniestramente y entonces disparó.

La bala de Calavera Negra no iba dirigida a mí, sino a un soldado que estaba a punto de dispararle. Me asombró la perfecta ejecución del tiro, que acabó con la vida de aquel valiente.

—¡Otra vez será, joven Scott! Quédate con este recuerdo —prometió, arrojándome la pistola descargada.

Calavera Negra corrió hacia el bote que le esperaba con los últimos filibusteros, mientras algunas balas silbaban a su alrededor. Los piratas embarcados en el bote cargaron por la culata un pequeño pedrero y cañonearon nuestras posiciones.

—¡Infame! ¡Te perseguiré! ¡Te mataré con esta misma pistola! —clamé despechado y furioso.

En ese instante, el capitán William Van Wilson llegó con cincuenta hombres a caballo, pero era tarde y los últimos piratas vivos huían en la lancha, dando gritos de euforia y fuera ya del alcance de los disparos.

—¡Levanta, Peter! ¿Te encuentras bien? —Van Wilson bajó de su caballo y me ayudó a incorporarme, mientras sus hombres tomaban posiciones por todo el puerto.

—¡Capitán! Ese hombre era...

—Calavera Negra, sí, lo he reconocido. Por poco no lo cuentas, muchacho. Ese villano nunca tiene piedad de sus enemigos.

Los tres buques piratas enfilaron ya la salida del puerto sin que nadie les estorbase lanzando las últimas andanadas. Sus banderas negras ondearon orgullosas al viento y el aire traía los gritos triunfales y alegres de los piratas que celebraban su victoria. Habían conseguido lo que querían: hacer daño, conseguir riquezas y secuestrar hombres, mujeres y niños. El capitán me explicó con pena que seguramente no iban a pedir rescate por ninguno de ellos. Los prisioneros se convertirían en cautivos y, muertos en vida, servirían como esclavos en la siniestra Isla de los Predadores.

Capítulo V

La taberna del Holandés Errante

Aquella realidad de la que no podía escaparme me torturaba. El hecho de que Dick, mi hermano pequeño, hubiera sido secuestrado por los piratas me atormentaba intensamente el corazón sin posibilidad de consuelo. Y mi dolor era mayor al notar el sufrimiento de mi madre, que estaba totalmente destrozada. «Hijo mío –me había dicho–, tú, que eres soldado, haz todo lo que esté en tu mano para salvar a Dick de las garras de Calavera Negra». Y se había sumido en una silente y honda pena.

Deseaba esconderme en lo más profundo de la tierra y olvidarme de este mundo cruel. El maldito bastardo de Calavera Negra me las pagaría todas juntas. ¡Estaba destrozando mi familia! Primero mi padre, ahora mi hermano... Mi odio a los piratas creció, incontenible, en mi interior y estaba dispuesto a hacer lo que fuera por combatirlos y matarlos a todos. Allá, a varios cientos de millas de nuestro hogar, mi hermano estaba preso. Yo necesitaba hacer algo y quería lanzarme al agua como un loco y nadar hasta la Isla de los Predadores... Pero me daba cuenta de mi poquedad y de mi impotencia: no podía hacer nada, solo rendirme, desertar... Cubrí mi rostro con las manos y lloré con amargura, profundamente apesadumbrado.

Me dirigí a la taberna del Holandés Errante, un antro que recibía su nombre en honor de aquel oscuro capitán que, según cuenta la leyenda, vendió su alma al diablo y, desde entonces, vaga por los mares con su barco fantasma. Así me sentía yo, como un fantasma perdido, vagando por la noche oscura. Por eso busqué refugio en aquella lúgubre taberna. Allí, me dije, entre la podredumbre del local, el griterío de los parroquianos y los vapores del alcohol, apartaré de mí esta desdicha y podré olvidar este sufrimiento. En ese momento, comprendí a mi tío Robert, que bebía sin medida para superar la pérdida de su hermano, mi padre, hasta convertirse en un redomado borracho.

Quizá allí, entre la concurrida clientela que merodeaba la taberna, había algunos espías de los piratas. Les pasaban información de lo que sucedía en la ciudad y a cambio recibían un puñado de doblones. Odiaba a estos delatores ocultos. Decidí que, si algún día descubría a alguno de estos malditos traidores, lo mataría con mis propias manos.

La taberna del Holandés Errante estaba llena de perdularios, camorristas, marinos sospechosos de piratería, pequeños delincuentes y otras gentes de cuidado. Entré aquel

día con paso seguro y pedí un vaso de ron. El fuerte olor del local, mezcla de alcohol, especias, humedad y mugre, estuvo a punto de hacerme vomitar, pero me contuve a duras penas.

Noté cómo muchos de los allí presentes me observaban con miradas malévolas. Llevaba la casaca azul del cuerpo de guardiamarinas y percibí que levantaba inquina entre aquellos sujetos de la taberna. Aquel tugurio era refugio fácil de proscritos y espías; y los soldados no éramos bien vistos. Tampoco los alguaciles y otros agentes del orden. «Estoy en el lugar equivocado y en el peor momento», me dije, aunque en realidad todo me daba igual...

Se me acercó un hombre con aspecto digno de un bucanero y muchas ganas de gresca. Había comprobado que yo solo era un muchacho y deseaba descargar su ira, desahogarse con el primer extraño que provocara su ánimo.

—No me gustan las boñigas azules —me susurró al oído con el aliento cargado de alcohol.

Lo miré, enfadado. «Si el tipo quiere pelea, la tendrá», pensé en aquel momento. Una caldera hervía en mi interior y aquel sujeto había abierto la tapa.

—Ven que te rajo, bucanero —dije desenvainando mi espada, lleno de ira.

Había regocijo en la posada, las peleas gustaban allí. El sujeto sacó un alfanje y me embistió. Su borrachera me daba ventaja y yo, embravecido, no paré su arma, al contrario, permití que me atacara, lo esquivé con facilidad y en un santiamén lo dejé malherido.

Que venciera a aquel hombre no gustó en la taberna y dos truhanes se me echaron encima, desarmándome violentamente.

—No nos complace que trates así a nuestro amigo —masculló uno de ellos.

Caímos los tres al suelo y forcejeamos con desnudo.

El que había hablado se colocó encima de mí y, empuñando una daga, intentó clavármela. Aguanté su mano con todas mis fuerzas, pero el filo de acero se acercaba a mi pecho, el maldito me iba ganando el pulso y, cuando el metal comenzaba ya a penetrar lentamente en mi piel, una mano de hierro detuvo el cuchillo y apartó a aquellos dos hombres que me atacaban.

—Amigos, no me gusta ver sangre mientras engullo mi cena —dijo el sujeto que me había liberado, un tipo corpulento, barbudo y de aspecto patibulario. Vestía, como todos, a lo marinero, y mostraba varias cicatrices en brazos y cara.

—Rufo, no te metas en mis asuntos —le respondió el del cuchillo.

—Tus asuntos, Oliver, son los míos cuando estoy cenando. Dejad al muchacho o mis hombres y yo os haremos picadillo.

El llamado Oliver miró un momento al otro, resollando, pero recogió velas enseguida.

—Dejaremos al chico hasta otra ocasión más propicia —dijo, lanzándome una mirada

sinistra—. No quiero que se te indigeste la cena, amigo Rufo.

El tal Oliver y el otro hombre que me había atacado cargaron al compinche herido y se lo llevaron fuera. Rufo, mi benefactor, me miró con ojos fieros.

—El padre Antonio es mi amigo —me susurró agarrando fuertemente la solapa de mi casaca, aparentando ferocidad— y me contó que eres el hijo de John Scott. Tu padre nos capturó en cierta ocasión y tuvo a bien perdonarnos la vida. Eso no lo olvidaré jamás.

—Gracias... —musité asombrado.

—Dáselas a la memoria de tu padre y al cura, a él le debemos mucho. ¡Y ahora bebe —continuó en voz alta, mientras me soltaba—, que este es el mejor ron que catarás en tu vida! Y, cuando vengas por este lugar, no traigas esa vestimenta. Aquí no gustan los uniformes. ¡Holandés, despacha al niño de inmediato!

Me sirvieron un ron que al primer trago me quemó las tripas. Pensé que aquel fuerte brebaje quemaría también mis penas. Y pensé, también, que el padre Antonio tenía amigos hasta en el mismísimo infierno, que tal era la taberna del Holandés Errante.

Pasó el tiempo lentamente; terminé de beber el primer vaso y noté cierta euforia. Había pedido un segundo ron cuando, sorprendentemente, apareció por la puerta el padre Antonio. Me abochornó que me viera en semejante tugurio lleno de perdularios y malas gentes.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó el padre entrando con paso seguro y ante la sorpresa de todos los presentes, pues solo pisaba los tablones de la taberna para dar la extremaunción a los moribundos—. Peter, deja esa bebida que no te hará ningún bien y vente conmigo.

Miré alrededor y observé que Rufo sonreía divertido. Seguro que había mandado a alguno de sus hombres a dar el soplo al sacerdote.

—Déjeme con mi dolor, padre Antonio, usted no puede entender lo que siento en estos momentos. Sufro por mi hermano y mi madre, y me veo inútil, incapaz de hacer nada.

—Padre Antonio —intervino el tabernero, celoso de proteger su clientela—, el muchacho ya es mayorcito y sabe lo que hace.

—Déjame hacer, Holandés, este chico es casi mi hijo. Solo hablaré con él un momento y me marcharé —le espetó el cura con esa mirada suya de antiguo soldado.

—Está bien, pero sea breve, que me espanta su paternidad a la clientela.

El padre ya no le hacía caso, prestándome toda su atención.

—Entiendo mejor de lo que crees todo lo que te sucede y me hago cargo de tu sufrimiento —el sacerdote me miró con cariño—. Pero ahora, ante las dificultades, ante este gran dolor, es el momento de afrontarlo, no de rendirse. Ven conmigo y lucha. Te ayudaré.

—Nadie puede ayudarme. Estoy desolado. Los piratas mataron a mi padre y ahora

me arrebatan a mi hermano.

—Lo sé, han capturado a mucha gente. Pero aún hay esperanza. No te rindas sin luchar. Tu padre no se habría venido abajo. Habría puesto todos los medios para rescatar a tu hermano.

—¡Está preso en la Isla de los Predadores, en manos de los más terribles piratas que existen en estos malditos mares! ¡Lo tiene Calavera Negra y no podremos sacarle de allí! Y, además, mi padre era un capitán de navío y yo solo soy un simple cadete —estallé sollozando.

—Es cierto, pero la fe mueve montañas. Ten fe y lucha por revertir esta situación. ¡Eres un Scott! ¡Puedes!

—No, es imposible —dije desesperanzado.

—¡No hay nada imposible, Peter! —me respondió el padre Antonio con tanto ardor y resolución que, durante un fugaz segundo, creí que era capaz de rescatar a mi hermano esa misma noche—. Escúchame, todos tenemos momentos decisivos en la vida; instantes en que una decisión acertada o equivocada puede cambiar tu vida y la de los que te rodean. Este es tu momento. No te rindas y lucha. Hazlo por tu hermano, por tu madre, por esa joven a la que sé que amas...

Sus palabras penetraron en mí como una afilada espada.

—Para hacer algo por tu hermano, has de dejar ese ron intacto. La decisión es tuya —insistió cariñosamente.

Se hizo un terrible silencio. Miré el vaso de ron, triste. Se humedecieron mis ojos.

—Un día me confesaste que querías llegar a ser un gran capitán, como tu padre, ¿recuerdas qué te dije entonces? —inquirió el sacerdote.

—Sí, nunca lo olvidaré. Sus palabras fueron: «has de esforzarte por aprender mucho, tener una firme voluntad, ser un ejemplo de lealtad y estar dispuesto para actuar como un héroe en muchos momentos».

—Así es. Y este es uno de esos momentos. Tú decides —concluyó el padre Antonio.

Y, mirándome por última vez, salió con paso firme de la taberna.

En los ojos del sacerdote vislumbré mucha ternura y mucho dolor. Volví a mis pensamientos. Bebí otro sorbo de ron. Los marineros y soldados a mi alrededor cantaban alegres su borrachera. Me di cuenta de que equivocaba el camino, de que todo aquello era falso: harto de alcohol jamás salvaría a mi hermano. Me sentía cobarde. Me percataba de que debía luchar, afrontar la realidad. Pero algo me atenazaba, me retenía en la silla. «Tengo que escapar de aquí. Este es el camino que eligió mi tío y yo mismo le reproché interiormente que lo hubiera tomado», me dije. Y allí estaba yo, dispuesto a yacer ebrio en el suelo de aquella taberna...

Me acordé de Lidia. Rememoré el reciente baile en el palacio, sus palabras, su mirada deslumbrante y cariñosa, la promesa que le hice de visitarla por las tardes... y todo ello

elevó mi ánimo. Los marineros entonaron una vieja canción nostálgica. «Ahora o nunca», pensé. Tomé un último sorbo de ron y me lancé fuera de aquel antro.

Capítulo VI

Una isla inexpugnable

El padre Antonio permanecía sentado en un ancho tonel, una manzana más allá de la taberna, absorto. Contemplaba el horizonte marino, con el sol poniente hiriéndole el rostro y los ojos entrecerrados. Fumaba en su vieja pipa y exhalaba pequeñas volutas de humo. Parecía rezar.

—Haré lo que sea necesario para salvar a Dick —le dije con seguridad, aunque aún sentía con intensidad los efectos del ron.

—¡Bravo! Te has vencido —me aseguró sonriendo—. Si Dios quiere, rescatarás a tu hermano, no te quepa la menor duda. He solicitado audiencia para mañana con el barón de Saint Dennis. Vendrá el capitán Van Wilson, que se ofrecerá para comandar una expedición de rescate.

—¿Pero por qué no lo ha dicho antes? ¡Gracias! Es una noticia esperanzadora.

—Aún hay que convencer al virrey. Está preocupado y teme una nueva invasión. Van Wilson cree que es posible convencerle, piensa que bastará con tranquilizarle respecto a las defensas de la isla.

—¿Es que al gobernador no le importa que tantos súbditos suyos hayan sido secuestrados por los piratas? —exclamé con cierta irritación, pues corrían rumores de que el barón era un cobarde y no se preocupaba en exceso del destino de los habitantes de la isla capturados—. ¡Esta expedición de rescate ya debía haberse organizado desde el primer momento!

—No creas todo lo que dicen los rumores. Al virrey le preocupan todos los ciudadanos, pero teme a los piratas y cree que la Isla de los Predadores no puede ser atacada de ninguna forma. Piensa que rescatar a los cautivos es una empresa perdida de antemano. Y, sin posibilidades de éxito, no desea que hombres y barcos sean enviados a la destrucción inútilmente.

—¿Qué tiene esa isla que es inexpugnable y nadie se atreve atacarla?

—Es una isla muy bien defendida. La mitad de su perímetro está erizado de acantilados y arrecifes muy peligrosos. Las rocas le sirven de defensa natural y ninguna embarcación puede penetrar sin antes romperse en mil pedazos. Tampoco es posible acceder a nado, las corrientes marinas arrastrarían a quien osase intentarlo.

—Entonces habría que atacar por la otra mitad de esa maldita isla.

—Este es el gran problema. Calavera Negra ha fortificado con amplias murallas el

resto de la isla y la ha sembrado de cañones. Más de doscientas bocas de fuego listas para disparar, según los informes que posee el Virrey. Y, por si todo esto fuera poco, en su puerto hay amarrados muchos buques, bien artillados. Dependiendo de la época del año atracan allí no menos de quince navíos, de distintas esloras y tonelajes. Algunos de ellos especialmente rápidos, capaces de dar caza a cualquier embarcación avistada desde las torretas de vigilancia, por veloz que sea.

—Pero manejar tantos barcos, tantos cañones —dije compungido y desanimado—, no es posible sin muchos hombres.

—Cierto. Ahí estriba también su poderío. Se dice que en la isla moran cerca de dos millares de piratas, fieles a la hermandad, ahitos de buena comida, alcohol y vida licenciosa. Todos ellos celosos de proteger la isla, que es su casa. Recuerda que los piratas son desheredados de la sociedad y la Isla de los Predadores es su patria. Las banderas negras son sus insignias y en aquel trozo de tierra viven la mayor parte de los piratas del orbe, conjurados en una alianza de sangre. Son hombres que se alistaron al bando del mal por su afán de riquezas rápidas y seguras. Saben que, si son capturados, les espera la horca y no dudarán en defender su isla hasta el último aliento.

—Entonces —contesté desalentado—, es imposible rescatar a mi hermano y derrotar a los piratas.

—No —el sacerdote habló con rotundidad—, en esta vida no hay nada imposible. Quizá una potente escuadra de barcos de guerra, la fuerza naval más poderosa creada jamás, pueda conquistar la Isla de los Predadores. Hasta ahora es inexpugnable. Si muchos se unen y luchan, si hay valentía y decisión, los piratas serán derrotados.

—Podríamos asediar la isla.

—No serviría para nada, ese trozo de tierra es grande y cuenta con muchos recursos naturales, capaces de alimentar de por vida a sus moradores. El secreto para conquistar la isla está en que una potente escuadra les ataque sin miramientos y por sorpresa. Calavera Negra no lo esperará.

Me quedé pensativo.

—¿Por qué odiaba tanto Calavera Negra a mi padre? —solté aquella pregunta que desde hacía mucho tiempo me carcomía las entrañas.

—Tu padre hostigaba con frecuencia a todos los piratas y, en especial, a Calavera Negra. Hundió muchos de sus barcos y derrotó e hizo prisioneros a gran cantidad de sus secuaces. Fue el único capitán que le hizo verdadero daño. Por eso el pirata deseaba fervientemente eliminarle, tanto que envió mercenarios para que atentaran contra su vida. Solo la muerte de tu padre ha abierto enteramente los mares a Calavera Negra y desde entonces se siente verdaderamente invencible.

—Nunca me habéis contado toda la historia de cómo fue derrotado mi padre por Calavera Negra.

—Tampoco ahora es el momento de contártelo. Te bastará saber que fue traicionado. Tu padre tenía un plan secreto para conquistar la inexpugnable Isla de los Predadores. Partió hacia allí con una flota de siete buques bien armados y cerca de mil soldados. Pero alguien delató sus planes y los piratas le tendieron una trampa. Con su muerte se esfumaron las posibilidades de conquistar la Isla de los Predadores.

—¿En qué consistía el plan secreto?

—Para nuestra desdicha no lo sabemos. Quizá algún prisionero confesó la existencia de alguna entrada secreta... —explicó el sacerdote con la mirada perdida en la lejanía—. Pero todo es mera suposición. Tu padre hubiera podido derrotarles, pero sus planes murieron con él. Si aún viviera, seguro que ya habríamos derrotado a Calavera Negra y tomado la isla.

Nos quedamos en silencio, mirando las aguas tranquilas del mar. Me alivió saber que el capitán Van Wilson pudiera comandar una expedición de rescate; sabía que era un valiente y experimentado soldado.

—Mañana te espero en la puerta del palacio del gobernador a las nueve de la mañana —dijo el padre Antonio—, me acompañarás a la audiencia. Está convocado también el capitán Morg —hizo una leve mueca de disgusto—. No me fío de ese hombre. Siempre ha sido un individuo sibilino, codicioso, capaz de poner una vela a Dios, otra al diablo y otra al que se tercie, si es que se tercia alguien más. No me fío. Y lo peor es que goza de la plena confianza del virrey.

—Lo entiendo, pero yo, padre Antonio, desconfío más del propio virrey... Saint Dennis es de esos que, quizá, no movería un barco si no fuera para rescatar alguna de sus pinturas.

Capítulo VII

El capitán Morg

Llegó, por fin, la hora de la audiencia con el barón de Saint Dennis. Nos esperaba en su amplio despacho, un lugar ostentoso, lleno de cuadros, figuras de porcelana y otros costosos adornos. Se encontraba trabajando en compañía de su secretario y un escribiente. Acudí junto al padre Antonio y el capitán Van Wilson, quienes me presentaron al virrey.

—¡Ah! El hijo de John Scott. ¡Cuánto hemos llorado la muerte de tu padre! Calavera Negra y todos sus malditos piratas respiraron el día que pereció mi mejor soldado. Pero de casta le viene al galgo y me han contado estos señores que defendiste valerosamente a Lidia. Estoy en deuda contigo, muchacho, y el barón de Saint Dennis no olvida los buenos servicios de sus soldados.

—Gracias, señor gobernador. Solo cumplí con mi deber al defenderla —respondí respetuosamente pero con el gesto serio, por la baja estima que me inspiraba.

En ese momento llamaron a la puerta y entró con gran pompa el capitán Henry Morg, quien tenía bajo su mando todas las tropas de Saint Kitts. Nos miró altivamente, como si nuestra presencia no encajase en aquel lugar, y con una sonrisa de vendedor ambulante se dirigió al gobernador.

—Barón de Saint Dennis, excelencia, me pongo a vuestras órdenes —saludó Morg.

—Bienvenido, capitán Morg. Conocéís perfectamente a estos caballeros —dijo Saint Dennis señalando al padre Antonio y a Van Wilson—. El muchacho es el cadete Peter Scott, hijo del malogrado capitán John Scott.

—Señores —saludó con un leve gesto a mis amigos y luego se dirigió a mí—. Me alegra tener en las filas de nuestro ejército sangre tan valiente como la de los Scott. ¿Cómo te va, muchacho?

—Bien, señor —le respondí tras realizar el saludo militar.

El capitán Morg aparentaba ser un hombre flemático, frío como un témpano de hielo. Tenía una mirada penetrante y nada escapaba a su vista de águila. No me inspiraba confianza y comencé a sentirme incómodo.

—Excelencia —Morg se dirigió, alegre, al virrey—, lo prometido es deuda. Sírvasse mirar por la ventana y podrá su excelencia observar el magnífico presente que le he traído.

Todos nos acercamos a los grandes ventanales y vimos en el patio del palacio unas

mulas ricamente enjaezadas que tiraban de un carruaje de grandes dimensiones, sobre el que descansaba una amplia jaula. Dentro se movía, inquieto, un poderoso tigre.

—¡Un auténtico tigre de Bengala, el felino más grande de la tierra, capaz de saltar hasta cinco metros! Este ejemplar fue cazado tras matar a un elefante —declaró Morg, jubiloso.

—Gracias, capitán Morg, siempre tan pendiente —respondió el barón.

—Esto es poca cosa, excelencia —matizó, mientras daba unas fuertes palmadas.

Al instante, dos criados entraron en la sala portando un gran lienzo. Representaba un barco que al atardecer llegaba a un pequeño puerto, junto a una gran torre cuya cúpula superior brillaba como el oro. Era una pintura verdaderamente impactante.

—La Torre del Oro, en Sevilla. ¡Un lienzo único! —exclamó Morg.

—¡Preciosa obra de arte! —exclamó exultante el virrey—. ¿Cuánto habéis pagado por ella, capitán?

—El importe debe permanecer en secreto, excelencia. Es un regalo que me honro entregaros y su costo es insignificante para el honor que me hacéis aceptando este presente.

El virrey observó con ojos brillantes la pintura, extasiado. No era la primera vez que el capitán Morg le agasajaba. En otra ocasión, le trajo un precioso ejemplar de puma y adquirió la costumbre de regresar de sus expediciones o viajes cargado de presentes, especialmente lienzos y esculturas, algunos de dudosa procedencia. El virrey, ansioso por ampliar su pinacoteca, los aceptaba rápidamente sin reparos. Y siempre daba por buenas las vacuas explicaciones de Morg, que justificaba el origen injustificable de estas obras de arte.

A mí todo aquello me pareció una demostración de frivolidad cercana al insulto, cuando estábamos allí para procurar la salvación de los rehenes. Me hervía la sangre. No pude sino rebajar aún más el ya escaso aprecio que me inspiraba la persona del virrey. Miré a ambos flancos y pude comprobar cómo el padre Antonio y el capitán contenían igualmente su indignación ante la escena. Se hizo un silencio harto elocuente.

—Bueno, dejemos la afición y volvamos al trabajo. Capitán Morg, es mi deber regañaros. La noche del asalto de los piratas, vuestros barcos patrullaban las entradas a la isla y desaparecisteis. No lo entiendo. ¿Podéis contarnos a mí y a estos nobles señores qué fue lo que os sucedió?

—Disculpad, excelencia. Nos tendieron un señuelo. Dos balandras piratas se pusieron a tiro de nuestras baterías y fuimos en su persecución. No obstante, pongo en consideración de vuestra excelencia que este bello felino que le traigo, estas pinturas y el cargamento de pimienta y canela que están desembarcando en estos momentos en el puerto no estarían en poder de su excelencia sin haber perseguido a esos malditos piratas.

—Capitán Morg —masculló irritado Van Wilson—, vuestra misión no era perseguir

piratas, sino defender una posición.

—No es a vos a quien debo rendir cuentas, capitán Van Wilson. Pero sabed que os equivocáis, esos barcos amenazaban con entrar en nuestras aguas y debíamos perseguirlos. Ahuyentarlos lo más lejos posible de nuestras costas...

—¡Claro y dejar con ello el camino expedito a tres barcos cargados de piratas! —interrumpió Van Wilson con sorna—. ¡Y con las banderas de Calavera Negra en sus mástiles!

—¿Me estáis acusando de traición, Van Wilson? —gruñó Morg llevando su mano al pomo de su espada—. ¿O solo de ser un redomado inepto?

—¡No os acuso! ¡Solo que, si yo hubiera estado vigilando el puerto de Nevis, Calavera Negra jamás habría asaltado la isla!

—¡Maldito! ¡Me estáis acusando! —Morg escupió las palabras mientras desenvainaba la espada. No era tan frío, después de todo, pensé.

—¡Deteneos, así no arreglaremos nada! —gritó el padre Antonio conteniendo a Morg, mientras Van Wilson y yo estábamos ya a punto de desenvainar nuestras armas.

—¡Tengamos paz, señores! —clamó el barón de Saint Dennis.

Todos nos quedamos inmóviles pero expectantes.

—Capitán Morg —dijo el virrey—, os tengo en alta estima, pero debo recriminar vuestra actuación, esto no debe volver a ocurrir. Si volviera a suceder, tendría que sustituiros en el cargo. Tened especial cuidado; no os ceguéis en vanas persecuciones y evitad las trampas. Esta invasión nos ha hecho mucho daño. Los piratas han robado y secuestrado. Han asesinado a muchas personas y por poco matan a mi propia hija. Además, esas bestias desalmadas estuvieron a punto de estropear algunos valiosos ejemplares de mi colección de obras de arte.

—No volverá a pasar, excelencia —dijo Morg con una leve inclinación y el gesto adusto.

—Bien, capitanes, la principal misión de vuestras mercedes ahora no es pelear ni acusar uno al otro de nuestros males, sino revisar todas nuestras defensas, arreglar los desperfectos del ataque y, por supuesto, redoblar la vigilancia. Ese maldito Calavera Negra tiene que recibir su merecido si osa volver por nuestras tierras.

—Así se hará, excelencia. Todas nuestras fuerzas están preparadas para la defensa de nuestras posiciones en las dos islas —aseguró Morg.

—Perdón, excelencia —terció entonces Van Wilson, ya más calmado—, el padre Antonio y el joven Scott me acompañan hoy aquí para solicitar una expedición de rescate. Como su excelencia bien conoce, hay muchos paisanos nuestros cautivos de los piratas. Solicitamos humildemente de su excelencia permiso para armar una escuadra y marchar en su rescate a la Isla de los Predadores.

—¡Pero eso es imposible, capitán! ¡Es una isla inexpugnable! —exclamó el virrey.

—Esa expedición es una quimera y no voy a arriesgar la vida de mis hombres mandándolos a una muerte segura —gruñó el capitán Morg haciendo evidentes gestos de desagrado—. No podemos mermar las fuerzas de defensa de las dos islas. ¿O es que quiere dejar pasar de nuevo a Calavera Negra? —Morg devolvió el golpe con sorna.

—El capitán Morg tiene razón, Van Wilson —explicó el barón de Saint Dennis—, todas nuestras fuerzas, hombres, barcos y cañones deben permanecer en Nevis y Saint Kitts. Me dicen mis espías que los piratas están al acecho y volverán de nuevo a la menor oportunidad.

—¡No! ¡Son nuestra gente, nuestras familias! —grité indignado, ante la sorpresa de todos.

—Van Wilson, ¿cómo se atreve este soldado vuestro a levantar la voz delante de su excelencia? —espetó Morg a mi capitán con evidente desprecio.

—Calma, Peter —me susurró en voz baja el padre Antonio a mis espaldas.

Yo, que estaba educado para ser un buen soldado y mantener la máxima disciplina y respeto a la autoridad en todo momento, me di cuenta de que había metido la pata.

—¡Soldado! Nadie le ha pedido su opinión. Márchese inmediatamente —me ordenó secamente Van Wilson, dejando de lado cualquier familiaridad.

—¡A sus órdenes, señor! —respondí haciendo el saludo militar.

Así quedó zanjada la propuesta de expedición de rescate. Y aquel cónclave se saldó con un simple edicto del gobernador, un cartel donde se anunció que se premiaba la captura de piratas y se ofrecían mil doblones por la cabeza de Calavera Negra. Los piratas quedaban advertidos de que serían ejecutados en la horca tan pronto como fueran capturados. Y nada de rescate. Mi hermano y los demás cautivos podían darse por muertos. La baraja del destino se había repartido y a mi familia y a mí nos habían tocado las peores cartas. Me fui irritado, enfadado y decepcionado con el barón de Saint Dennis y, sobre todo, exasperado con la actitud del canalla de Morg, al que veía como un bucanero vestido de soldado. No me cabía duda de que Van Wilson y yo teníamos en él a un nuevo y feroz enemigo.

Me sentí marginado, lastimado, discriminado. Comprendí en aquella hora por qué algunos se hacían piratas. Si la sociedad te ignoraba y los gobernantes solo se ocupaban de sus malditos cuadros, ¿para qué sirve ser un soldado leal? ¿Por qué no alistarse al bando ganador, al bando de las aventuras y abundantes riquezas?

Fue un momento duro y doloroso, quise abandonar la academia. Sabía que los malditos piratas destinan parte de su botín para atender a los heridos, que un pirata que perdía un ojo recibía cien reales. Pero no, aquí las cosas no funcionaban así. Aquí no se iba a rescatar a los cautivos. Casi cincuenta personas arrastradas fuera de su hogar y condenadas a una lenta agonía no tenían importancia. Y, sin embargo, los piratas tenían sus propias leyes y estatutos, ayudaban a los mutilados, repartían las riquezas

conquistadas. Aquel día pensé de veras si no compensaba más hacerse pirata.

Capítulo VIII

Un ofrecimiento singular

Pasé parte de mi infancia en los muelles, oyendo relatos de aventuras y grandes hazañas de soldados que se enfrentaban a piratas terribles y filibusteros sanguinarios. Mi padre me contaba, muchas veces, historias de corsarios al servicio de un rey, de patentes de corso que los gobernantes concedían a piratas y aventureros para hacer la guerra encubierta a otros países. O sea, piratas al amparo de la ley, que servían a las autoridades a cambio de riquezas y buenos botines. ¿Merecían los piratas este trato tan considerado?

Conservaba vivamente la memoria de cómo mi padre me narraba las distintas travesías que había emprendido y los momentos duros que sufrió en tantas batallas. Eran relatos de piratas tercos y osados, que jamás se arrepentían; de hombres honrados que eran apresados en alta mar y no tenían elección: o se convertían en piratas o eran exterminados entre terribles tormentos. Me hablaba de valiosas mercancías que encontraban en las bodegas de los barcos piratas a los que derrotaban: oro, plata, ricas telas, especias exóticas... Cargamentos apetecibles que, no obstante, debían entregar a las autoridades, a pesar de que con su venta el propio capitán y su tripulación podían vivir de por vida. Él y sus hombres se resistían a los tentadores fulgores del oro; pero, según me contó, había otros hombres menos fuertes y leales que desertaban, se adueñaban de las riquezas apresadas y se marchaban con viento en las velas.

Verdaderamente, visto así, era tentador alistarse al bando pirata. Pero en el interior algo me decía que ese no era el camino correcto; que los filibusteros eran mis enemigos, que ellos mataron a mi padre y ahora habían secuestrado a mi hermano. Si me convirtiera en un pirata, deshonoraría la memoria de mi padre y afligiría mortalmente a mi madre, al capitán Van Wilson, al padre Antonio y... a Lidia, que jamás se casaría con un traidor, con un maldito pirata. «No, no, no. ¡No me rendiré!», porfiaba en mi interior.

A veces la vida era injusta. Si no hubiera acudido a la fiesta, habría podido proteger aquella noche a mi hermano y a mi madre. ¿Pero qué hubiera sido de Lidia de Saint Dennis, a quien tanto amaba? ¿Prefería la muerte de Lidia o el secuestro de mi hermano? La respuesta era clara: no deseaba ninguna de las dos opciones. Como es natural, quería a mi hermano. Y amaba a Lidia perdidamente.

No tenía sentido darle más vueltas. Había que olvidar el pasado y vivir el presente. Así era la situación y, como decía el padre Antonio, tocaba enfrentarse a ella.

Pensé en el sacerdote. Era un antiguo soldado y aún se le notaban sus ganas de

luchar; pero su guerra era interior, contra sí mismo, para ser mejor, para ayudar a la gente que le rodeaba. Le estaba muy agradecido porque me había confortado en mi dolor. Y, sin embargo, yo había perdido la esperanza de volver a ver a mi hermano. Pero él, no. Era increíble la fe que tenía este hombre.

Llamaron a la puerta de casa. Me encontraba solo y di un respingo, ensoñado como estaba en mis pensamientos.

—¿Quién es? —grité mientras empuñaba una pistola. Estaba en permanente guardia y temía ver piratas por la puerta en cualquier momento del día o de la noche.

—Soy Walter Logan, Peter, necesito hablar contigo.

—Buenas tardes, señor Logan —dije mientras franqueaba la puerta al comerciante y sus inseparables Brian Sharp y Maku Piku—. Aún no he cambiado de opinión. No quiero vender los mapas que me legó mi padre.

—No venía con la intención de hablarte tanto de los mapas, como del reciente ataque de Calavera Negra y los destrozos que ha hecho en esta isla. Me duele en el alma el daño causado por este maldito pirata: ha robado, ha matado a muchos de nuestros vecinos, ha secuestrado a hombres, mujeres y niños... —explicó Logan mirándome fijamente a los ojos—. Sé que deseas rescatar a tu hermano. He venido porque yo puedo ayudarte.

—¿Ayudarme? ¿Cómo puede usted ayudarme?

—Veo que has llorado y comparto tu sufrimiento. A mí también me indigna lo que han hecho estos malditos piratas. Han saqueado gran parte de mis almacenes y por poco me arruinan. Estoy dispuesto a costear una expedición de rescate.

—El señor Logan te ofrece la posibilidad de fletar dos barcos y su correspondiente tripulación para rescatar a tu hermano y al resto de cautivos —aseguró Brian Sharp.

—¿Qué me pedís a cambio? ¿Los mapas...? —dije adivinando sus intenciones.

—Los mapas, muchacho. Para ti no valen nada. Pero con ellos puedes comprar dos barcos que pondremos a tu disposición en menos de diez días —respondió Brian Sharp—. Rumbo a la Isla de los Predadores.

—Pero necesitaremos cañones, armas, hombres dispuestos a combatir contra piratas y arriesgarse a una muerte segura —dije espantado, dándome cuenta en ese momento de lo imposible que era asaltar la isla.

—Así es, la empresa es arriesgada y necesitaremos cañones, muchos cañones, armas, gente feroz y con ganas de pelea —confirmó Brian Sharp.

—¿Es posible atacar esa isla infectada de piratas? Calavera Negra tiene allí decenas de barcos armados —repliqué incrédulo—, y cientos de bocas de fuego defendiendo sus dominios.

—Será posible gracias al señor Logan. Ahora te explicará el plan que tiene trazado. ¿Contamos con los mapas de tu padre, muchacho? —preguntó Sharp, apremiante.

No sabía qué pasaba por la cabeza de aquellos hombres, pero me fiaba de ellos.

Quizá el hábil comerciante, hombre listo y habituado a traficar en multitud de puertos, era capaz de conseguir lo imposible. Yo no tenía otra elección para intentar el rescate de mi hermano.

—El baúl de los mapas de mi padre es todo suyo, señor Logan. Solo le ruego que a cambio me ayude como sea a rescatar a mi hermano.

—Bien —el señor Logan volvió a hablar con una sonrisa en los labios—, pondremos en la empresa dos barcos, hombres, armas y todo lo necesario para llegar hasta la Isla de los Predadores. Y una vez allí utilizaremos uno de los mapas de tu padre...

—¿Un mapa de mi padre? ¿Para qué servirá?

—¡Excelente, excelente pregunta, muchacho! —exclamó Brian Sharp—. ¡Aquí está la clave del posible éxito de esta expedición! Tu padre, tras muchos años de lucha con Calavera Negra y viendo la imposibilidad de atacar frontalmente la isla, había logrado conseguir un mapa secreto, cuya existencia solo conocían él y otras dos o tres personas más. Este mapa es una perfecta guía para desembarcar lanchones en la parte posterior de la Isla de los Predadores.

—Pero los que han estado allí cuentan que ni siquiera un pequeño esquife puede navegar por esas aguas repletas de rocas —repliqué sorprendido.

—Te equivocas. Precisamente este mapa señala un canal por donde pueden pasar pequeñas embarcaciones sin chocar con los grandes pedruscos. Hay una especie de sendero marino que permite la entrada de lanchas —explicó Brian Sharp.

—Ese sendero —continuó el señor Logan— no es conocido por nadie, ni siquiera por los piratas, que creen que esa parte de la isla es inaccesible. Y, además, el mapa dibuja el camino hacia una gruta escondida que, desde el interior del acantilado, permite acceder a la isla. Es la gruta del Alacrán.

—¡Ese mapa era parte del plan secreto que mi padre tenía diseñado para atacar a Calavera Negra!

—¡Excelente, así es, así es! —respondió Brian Sharp.

—¿Y cómo conocéis vos la existencia de este mapa? —pregunté a Walter Logan.

—Es una larga historia, que ahora no viene a cuento —replicó el comerciante—, pero a su debido tiempo la sabrás.

—Está bien, trato hecho. Gracias, señor Logan. Podemos empezar cuando queráis.

—Una cosa más. Nadie debe saber nada del mapa ni de esta expedición. Los espías de Calavera Negra están por todas partes —aseguró Logan.

—Este viaje será oficialmente una expedición comercial —añadió Brian Sharp posando sus manos sobre mis hombros— y, si artillamos nuestros barcos con exceso de armas y cañones, es porque tememos a los piratas y estamos dispuestos a defendernos. El éxito de nuestro plan estriba en que no llegue jamás a oídos de Calavera Negra.

—Te informaremos de todos los preparativos. Hasta pronto entonces, Peter —se

despidió Logan con un afectuoso apretón de manos.

Walter Logan y los suyos se dirigieron a la puerta. Maku Piku fue el último en salir y, mirándome, pronunció una sola palabra llevándose el dedo índice a los labios:

—¡Chitón!

Capítulo IX

La expedición secreta

—El mapa secreto de John Scott nos permitirá entrar en la isla por el sitio más inhóspito e infranqueable, el único lugar donde Calavera Negra no tiene defensas y respecto al cual se siente completamente seguro —explicó el señor Logan mirándome a los ojos.

—Es, sin lugar a dudas, el único y hasta ahora desconocido resquicio posible para colarse en la guarida de los piratas —confirmó Brian Sharp riéndose.

El padre Antonio me había avisado de que al señor Walter Logan le gustaba cerrar sus mejores negocios con mesa y mantel; agasajando con buenas viandas a sus clientes y proveedores. Y allí estábamos él y yo en la casa de Logan, sentados a su mesa, mientras Maku Piku servía un buen asado, regado con un vino que, para los entendidos como el capitán Van Wilson, también sentado a la mesa, era de una excelente cosecha.

Habían pasado solo nueve días desde que cerré el trato con el señor Logan, cediéndole el baúl con los mapas de mi padre y en aquel almuerzo dábamos los últimos retoques al viaje. Me habían contado cómo sus hombres habían preparado ya los pertrechos de la expedición, que estaba presta a partir. Brian Sharp, que apenas probaba la comida, contaba los pormenores de la expedición secreta.

—La fragata *Adventurers* está ya preparada. La hemos armado con veinticuatro cañones —continuó explicando Sharp mientras sorbía un poco de vino y observaba nuestros rostros de sorpresa, ante tamaña fuerza naval—. Al bergantín *Aurora* los operarios le están dando los últimos arreglos y esta misma tarde debe estar listo. Irá armado con otros treinta cañones. Hemos realizado ya una gran leva de hombres, buenos marinos, duchos en las armas y con ganas de lucrar la buena paga que ofrecemos.

—Todo esto está muy bien, señor Sharp —apuntó Van Wilson precavido—, pero los espías de Calavera Negra le habrán informado que se están preparando dos buques bien armados y mejor engordados con una buena carga de especias, sedas y víveres. Es un botín apetecible para los piratas y con toda seguridad os interceptarán y asaltarán durante el viaje.

—Cierto —añadió el padre Antonio—, no parece probable que lleguéis a la Isla de los Predadores sin que antes os ataquen los mismos piratas que pretenden vuestras mercedes sorprender.

—Aquí está la clave, distinguidos señores —exclamó Walter Logan riendo—. Los

piratas, enterados sin duda de esta expedición comercial puede que intenten atacarnos. Pero en secreto, y antes de que nos localicen, los elegidos para la expedición de rescate cambiaremos de barco. Nos encontraremos en un enclave oculto, lejos de miradas indiscretas, con el bergantín *Nuestra Señora de Consolación*, un navío rápido y fuerte, que hoy ha zarpado desde uno de los puertos donde realizo mis negocios y artilla treinta magníficos cañones. A la tripulación de ese barco nos uniremos nosotros. ¡Yo mismo, después de años varado en tierra, tomaré el mando de este buque, necesito volver al mar abierto!

—Los más fieros marinos viajan ya en el *Nuestra Señora de Consolación* —contó Sharp, consultando las notas de su cuaderno—. Y esta noche invitaremos a unos cuantos hombres más, viejos conocidos míos, de mi época de piloto. Es gentuza de taberna, hábil con las armas, sin ápice de cobardía. Estos hombres, en caso de combate, nos ayudarán a salir de cualquier atolladero.

—¿Y qué pasará con los otros dos barcos? —pregunté inquieto por la suerte de los otros dos navíos, que se toparán con los barcos piratas.

—No te preocupes, muchacho. Van bien armados y repletos de hombres. Son barcos rápidos y pueden intentar huir, dado el caso. Pero, si los piratas les cierran el paso, tienen orden de presentar batalla. Y no os quepa la menor duda de que en esos navíos irán hombres con los dientes afilados y ansiosos de verse las caras con los piratas y ajustarles las cuentas.

—¿Quién comandará esos barcos? —inquirió Van Wilson.

—¡Esa es la mejor noticia que puedo daros, caballeros! Al mando de estos dos buques partirá un valiente y habilidoso marino, deseoso igualmente de ajustar cuentas con Calavera Negra. No hay hombre en tierra que le supere en ganas de enfrentarse a los piratas. Vosotros lo conocéis bien. Se trata del antiguo capitán de la marina real Robert Scott.

—¡No! —gritó Van Wilson, a pesar de ser gran amigo de mi tío—. Robert fue expulsado de la armada por su afición a la bebida. ¡No está capacitado para gobernar ni un pequeño esquiife! ¡Será un desastre!

—Capitán —le cortó el padre Antonio—, no se precipite, quizá haya cambiado. Robert Scott puede rectificar su vida y ser de nuevo el gran marino que fue. ¡Merece una oportunidad! ¿No le parece?

—¡Es un gran capitán y un gran marino! —murmuré.

—¡Exacto! El señor Scott, tío de este muchacho, ha dejado la bebida tan pronto supo que tendría una oportunidad de vengarse de los piratas —confirmó Logan—. Además, está especialmente dolido con el secuestro de su sobrino y ahijado, el hermano pequeño de Peter.

El capitán guardó un silencio concentrado, sopesando nuestras afirmaciones, y

finalmente exclamó:

—¡Pues no se hable más! Si Robert Scott ha dejado la bebida, será el mejor capitán posible. Esta mañana me ha confirmado el gobernador que un pelotón de soldados viajará también en la fragata *Aurora* —añadió Van Wilson—. Les alegrará saber que Robert comanda la flota. Son cuarenta infantes de marina. Los he elegido personalmente entre los más valiosos de mis hombres. Son todos muy hábiles con las bayonetas y tienen gran puntería.

—Que Dios bendiga esta expedición —concluyó el padre Antonio—. ¡Y que la Virgen del Carmen os ampare en esta arriesgada travesía! Mañana os bendeciré antes de partir.

* * *

Una vez confirmada mi participación en la expedición, había solicitado un permiso temporal en la academia. El capitán Van Wilson me lo había concedido, a sabiendas de la misión que iba a emprender. Aconsejado por el propio capitán no dije nada a nadie, ni siquiera a mi madre, sobre la realidad que me impulsó a ello, si bien ella intuyó el verdadero motivo de mi partida.

Quedaban pocas horas para zarpar. Ansiaba salir ya a la mar, acortar las distancias que me separaban de mi hermano.

Pero antes de partir me quedaba una última cosa que hacer: despedirme de Lidia.

Todas las tardes me encontraba con ella y paseábamos ocultos por los jardines del palacio. Aquella tarde fui a verla una vez más; sin embargo, presentía que podría ser la última visita. Tenía que comunicarle mi inminente marcha y me fue muy duro ocultar a Lidia el verdadero objeto de nuestro viaje. También tenía que explicarle que abandonaba temporalmente la academia. Lidia creyó ver en mi renuncia un cierto desplante dirigido a las autoridades de la isla, es decir, a su padre, un poco de cobardía y un indicio de locura juvenil.

—¿Abandonas la carrera de militar y te enrolas en un buque mercante?

Asentí impávido, procurando hacer de mi rostro una máscara que no reflejara mi dolor. No podía explicarle ningún detalle. Nadie debía saberlo y así lo había acordado con Van Wilson y el señor Logan. Todo podía irse al traste por cualquier indiscreción.

—Deseo poner tierra por medio, navegar para olvidar mi dolor. Espero, no obstante, volver pronto y que todo vuelva a ser como antes.

—Quisiera acompañarte en tu viaje. Hablamos hace unas noches que nunca nos separaríamos. Y que algún día, si Dios quiere, nos casaríamos.

—A donde yo voy no puedes seguirme. Las aguas que vamos a atravesar están infectadas de piratas. Es muy peligroso.

—Si tú corres peligro, no me importa sufrirlo yo también.

—No, Lidia, es imposible. No puedes venir...

—Algo me ocultas.

—No, no tengo nada que ocultar...

—Estás enfadado con mi padre, ¿verdad? ¿Crees que no le importan los cautivos?

Se hizo un silencio tenso, frío. La noche estaba cayendo y las flores esparcían sus fragancias nocturnas. Lidia sollozó y cubrió su rostro con las manos.

—¿Aún me quieres...? —me preguntó con lágrimas en los ojos.

—Te quiero más que nunca —le dije besándole la frente—. Pero debo irme. No puedo decirte más.

—Peter, por favor. No lo entiendo. Parece que huyes de ti mismo, que olvidas tus aspiraciones, nuestros sueños, como si desearas dañarme...

Me dolieron aquellas palabras injustas, aunque ella no podía saber cuán equivocada estaba. Me embarcaba para rescatar a mi hermano y al resto de cautivos. Pero no podía alargar aquel encuentro, so pena de acabar descubriendo el verdadero motivo del viaje.

—Lo siento. Debo irme. Volveré... te quiero.

Y, dándole un beso, eché a correr, con lágrimas en los ojos y sin volver la vista atrás.

* * *

Corrí por varias callejuelas, hasta llegar a un oscuro pasaje donde me esperaban el señor Logan, Brian Sharp y Maku Piku. Me había ofrecido a colaborar con ellos en la recluta de los últimos hombres, de aquellos que nos acompañarían hacia el verdadero destino de nuestro viaje. Según me dijo el señor Logan, este grupo de marineros, aparte de manejarse bien en el mar, debían ser osados y valientes, dispuestos a embarcarse en una operación que pretendía ni más ni menos que fondear en la mismísima Isla de los Predadores. Y a este grupo especial de hombres íbamos a buscar aquella noche, víspera de nuestro viaje.

Los cuatro nos dirigimos a la zona más deprimida de la ciudad, cercana al puerto, donde estaba la taberna del Holandés Errante. Se me hizo familiar el olor a mar mezclado con los vapores del vino barato y el insoportable tufo del pescado podrido, en franca competición con el de los descuidados hombres del puerto, poco dados a la higiene. Allí estaban los gañanes de siempre, los vagabundos, los trapillos y la gente de mal vivir. No había sitio para ellos en la ciudad. De allí, a la cárcel o algún barco pirata.

Vimos una fogata donde ardía abundante leña de carbonal. Un grupo de unos quince hombres con aspecto siniestro asaban carne sobre el fuego mientras cuchicheaban entre sí. Bebían de varias botellas de ron y vigilaban su entorno, con las manos siempre cerca de sus ropajes, donde se adivinaban las armas prestas para el combate. Su aspecto podía espantar a todo un regimiento de soldados.

—¡Rufo! Ha llegado tu hora. Necesito tus servicios —dijo Walter Logan dirigiéndose sin titubear al grupo.

Un tipo fuerte, barbudo, lleno de cicatrices se levantó y nos miró con sorpresa. Era el hombre que me había ayudado en la taberna del Holandés aquel día de ron y peleas.

—¡Por las barbas de mi abuela! ¡Que ahora me parta un rayo si estoy viendo bien! Pero si es...

—¡Silencio, Rufo! —interrumpió Logan bajando la voz—. No sigas hablando. Ha llegado tu hora. Ansiabas aventuras, guerra y venganza. Es tu momento. Tenías cuentas pendientes con Calavera Negra y vamos a hacerles cosquillas en sus mismísimos pies.

—Yo y estos amigos nos ponemos a su disposición, señor... señor... —titubeó Rufo.

—Logan, Walter Logan. ¿Cuántos hombres barajas en total?

—Cuento con estos muchachos que ve aquí, señor Logan, y aún puedo despertar a diez o doce parientes más, con mucho que ganar y poco que perder ya, a estas alturas de la vida.

—Los necesitamos de plena confianza y con muchas agallas. En este envite al que os invitamos será fácil perder el pellejo —contestó Logan.

—Traeré hombres fieles y dispuestos a dejarse la piel con tal de incordiar al mismísimo Calavera Negra.

Rufo estrechó la mano de Walter Logan y me miró.

—De acuerdo entonces, sé que traerás lo que necesito —concluyó Logan—. Te presento a Peter Scott, hijo del malogrado capitán John Scott.

—Le conozco, tuve ocasión de saludarle hace algunos días en la taberna del Holandés Errante —dijo Rufo con una carcajada que resonó en la noche.

—Este joven nos ha dado la llave para entrar en la Isla de los Predadores. Le ayudaremos a rescatar a su hermano y al resto de cautivos en manos de los piratas. Será una expedición secreta y muy peligrosa. Frente a Calavera Negra nuestras vidas no valen ni un falso real.

—Será un placer para mí y mis amigos poder saludar al distinguido pirata Calavera Negra en su propia casa. ¿Dónde hay que firmar para embarcar?

—Nada de firmas. Me basta tu palabra para saber que estás conmigo.

—¡Sabiendo esto, ni amarrado me detendrían aquí!

—Rufo, solo una cosa más: para este viaje necesitamos el más completo sigilo. Hasta los toneles oyen en esta maldita isla.

—Aquí no hablará ni el loro *Bocazas*, el cual tendré el gusto de devolverle... señor Logan —dijo Rufo con una sonrisa—. El pájaro está bien sano y más parlanchín que nunca.

—Sé que lo has cuidado bien, amigo Rufo. Ha pasado mucho tiempo...

Capítulo X

Un tripulante inesperado

El sol aún no había aparecido con sus primeros rayos y el frío de la madrugada me helaba el cuerpo. Me abroché bien la chaqueta y admiré la majestuosidad de los dos navíos con que iniciábamos el viaje a la Isla de los Predadores para rescatar a los cautivos. Los poderosos cañones sujetos en la cubierta daban fe de que aquella empresa iba en serio. En el muelle se congregaban algunos peones que ayudaban a embarcar cajas y pertrechos; lacayos, comerciantes, marineros, algún curioso y el capitán Van Wilson con sus hombres. También estaba mi madre, a quien había abrazado entre lágrimas momentos antes.

Camino del *Aurora* desfilaban los soldados que se unían a la expedición, aquellos que el virrey había concedido para nuestro viaje. Era un pelotón de infantes de marina compuesto de unos cuarenta hombres, que, en palabras del capitán, eran arrojados, leales y habilidosos con las armas. Este grupo de soldados estaba bajo el mando de un sargento llamado Andrés Salvatierra. En el *Aurora* embarcaba también Robert Scott y desde este buque comandaría los dos barcos.

—Todos tenemos una segunda oportunidad en la vida —me dijo mi tío en voz baja, mientras contemplábamos cómo iban subiendo los soldados al barco—. ¡Y esta es la mía! Me han informado de todos los detalles tanto Walter Logan como el capitán Van Wilson. Yo no desembarcaré en la Isla de los Predadores, pero es probable que tenga la oportunidad de verme las caras con Calavera Negra durante esta travesía... y entonces habrá llegado la hora de mi venganza...

—Muchos de los que componemos esta expedición tenemos cuentas pendientes con Calavera Negra y lucharemos por el éxito de esta misión con ahínco —le confirmé.

—Así será y presiento que esta vez ganaremos —concluyó contento.

Algunos criados con hachones encendidos observaban fascinados los últimos retoques a la expedición. Quizá había demasiada gente mirando una partida que pretendía ser discreta.

El capitán Van Wilson observaba todo el ajeteo de la partida, con ese gesto serio suyo tan poco frecuente, y me despidió con las palabras que solo un soldado diría a otro antes de la batalla final.

—Ve con Dios, Peter. Embarcándote en esta arriesgada aventura haces honor a tu apellido. Tu padre, allá donde more su alma, sonreirá satisfecho. Las puertas de la

Academia están abiertas para cuando vuelvas. Confío en que esta expedición conseguirá sus objetivos.

—Gracias, capitán Van Wilson.

—Una cosa más. Walter Logan ha reclutado muy buenos hombres, duchos en contiendas, valientes, acostumbrados a la guerra... pero estos mismos hombres a veces... —el capitán calló—. Olvídalo, ánimo. Solo una cosa más: no te fíes ni de tu sombra.

Van Wilson me dio un fuerte abrazo y creí ver en sus ojos el brillo conmovido de una fugaz lágrima.

Amanecía cuando la fragata *Adventurers* y el bergantín *Aurora* levaron anclas casi a la vez, sigilosamente. El señor Logan prefería zarpar con discreción, sin tumultos, sin levantar mucho la voz, pues los espías andaban cerca. Lo más extraño de aquella partida fue la ausencia del padre Antonio, que había prometido despedirse de nosotros y bendecir naves y tripulaciones. Quise mandar recado para buscarlo, pero las prisas de la partida y la prudencia me lo impidieron. Hasta el último momento esperé que apareciera en el puerto, pero allí no llegó nadie más. Me apenó no verlo y, cuando la proa de nuestro barco rompía ya las aguas, me invadió una inquietud grande. ¿Qué suceso tan importante habría retenido al sacerdote?

Sea lo que fuere, el *Adventurers* ya enfilaba hacia alta mar, con buen viento en las velas. Me despedí de aquellas tierras, que habían sido siempre mi casa, con nostalgia. Aun así estaba contento, tenía la esperanza de rescatar a mi hermano sano y salvo. Zarpábamos hacia la mismísima boca del lobo y en algunos momentos tenía la duda de si había tomado la decisión correcta, de si aquellos hombres verdaderamente me ayudarían a rescatar a mi hermano. Pero ya no había vuelta atrás, la suerte estaba echada y ante mí se abría el horizonte del infinito mar.

—¡Pirata loco! ¡Calavera Negra! ¡Traición! ¡Venganza! —chilló un pájaro verde y majestuoso.

—Calla y come, *Bocazas* —dijo Walter Logan al loro dándole una galleta. Rufo se lo había entregado esa misma mañana, antes de embarcar. Era verdaderamente muy hablador.

—Precioso ejemplar, señor Logan —le dije sonriente.

—Cuentan que este pájaro perteneció a un pirata, enemigo de Calavera Negra. Lo compré a un viejo marinero, pero el maldito loro tiene una verborrea poco común. Tuve que prestarlo a ese encantador de loros que es Rufo, antes de que me chafara los negocios, asustando a mis clientes con esos gritos mentando el nombre de Calavera Negra.

—¿A qué pirata se refiere, que fue enemigo de Calavera Negra?

—A un pirata que surcó durante mucho tiempo estos mares hasta que fue derrotado

por tu padre, abandonado con sus hombres en una isla...

—¡Igor el Rojo!

—Exacto, este loro era, al parecer, de Igor el Rojo —confirmó Walter Logan con una sonrisa—. Dicen que Igor fue abandonado en una isla desierta y desapareció luego como por ensalmo.

—Igor el Rojo... nadie sabe qué ha sido de él...

* * *

En fin, que los dos barcos surcaban las olas con viento en popa y a toda vela. Esperaba que la singladura hacia la isla de los piratas fuera corta y los vientos nos ayudaran a navegar a gran velocidad.

Al anochecer habíamos recorrido muchas millas y, como era hora de descansar, me fui solo al castillo de proa. Apoyado en la borda, contemplaba el mar infinito. El viento marino golpeaba mi rostro. Volví a acordarme del padre Antonio. No había cenado y recordé que habían embarcado varios toneles de sabrosas manzanas. Se me había abierto de repente el apetito, por lo que decidí bajar a la bodega para hacerme con dos de aquellas preciadas frutas.

Encendí un farol cegado y bajé sigilosamente las escaleras. En las tripas del barco la madera crujía inquieta. Una rata cruzó delante de mis narices y me hizo dar un respingo. El roedor buscó un refugio y desapareció en la negrura de la bodega. Luego, un nuevo ruido llamó mi atención. Era imperceptible al principio, fuerte después, y provenía de uno de los toneles. Me asusté y quise huir, pero la curiosidad pudo más y me acerqué. Con todas las precauciones posibles, levanté la tapa: en el interior un hombre fuertemente amarrado y amordazado se revolvía furioso. Solté la tapa y salí corriendo.

—¡Capitán, capitán! —grité alarmado, dirigiéndome al camarote del señor Walter Logan—, hay un prisionero a bordo. Alguien ha embarcado a un hombre maniatado. Está en la bodega, dentro de un tonel.

—¿Un prisionero en la bodega? —exclamó mientras se colocaba su tricornio—. ¡Vive Dios que ha sido un olvido imperdonable! ¡Maku Piku, baja y recoge el fardo!

El sirviente descendió rápido hacia la bodega entonando una vieja canción religiosa. Toda la tripulación se congregó frente a la boca de la bodega, expectante. Pasados unos instantes, Maku Piku subió al hombre atado, que se revolvía furioso. Dejó en el suelo al preso, en presencia de toda la tripulación, y le quitó la mordaza y ligaduras. ¡Era el padre Antonio! Las risas de toda la concurrencia llenaron el barco.

—¡Sabandijas, canallas, piratas! —gritó el sacerdote fuera de sí, encarándose con Walter Logan y sus subordinados—. ¿Cómo os atrevéis a hacer esto a un hombre de Dios?

—Padre Antonio, os suplico vuestro perdón... —empezó a decir Logan con una sonrisa, mientras todos lloraban de risa.

—¡No tenéis perdón ni mío ni de Dios, sois unos desalmados, unos borrachos, así os caiga el fuego divino...! —replicó el padre Antonio, hecho una furia.

—Pero, padre, le hemos *invitado* porque necesitamos un sacerdote para este viaje. ¿Qué sería de nosotros sin el auxilio divino? ¡No podemos hacer esta expedición sin su digna asistencia! Su paternidad tenía que estar presente en esta aventura —aseguró Walter Logan con una mirada de entendimiento.

—¿Pero cómo voy a atenderos sin mis objetos litúrgicos? ¡Así no puedo officiar mi ministerio!

—Disculpe, padre —interrumpió Brian Sharp, el secretario y ahora piloto del barco, provocando más carcajadas de la marinería—, aquí le he traído un cajón con sus cosas.

Y el sacerdote observó asombrado cómo se desparramaban por el suelo ornamentos litúrgicos, rosarios, cruces, libros piadosos, dos reliquias de santos, una casulla, un misal y un gran bote de agua bendita, entre otros objetos religiosos.

—¡Dios Bendito! —exclamó mirando todo aquello y, de repente, soltó una carcajada—. Hala, os perdono a todos. Sois unos tunantes, unos forajidos... pero tenéis buen corazón. Me voy a poner ahora en el castillo de proa para oír vuestras confesiones. Preparad vuestras almas y cuerpos para penitencias tremendas... —añadió con socarronería.

—Padre Antonio, os ruego mil disculpas —le dije confuso y enfadado—. No sabía nada de este secuestro.

—No te preocupes —me explicó—, creo que es la mano de Dios quien me trae a esta expedición. El señor Logan sabe que oficié de teniente de navío y querrá que le ayude también como oficial de cubierta.

—Me alegro mucho de que esté con nosotros. ¿Pero... quién se ocupará ahora de los feligreses de la isla?

—¡Bah! No pasa nada. El señor obispo ya meditaba mi traslado y mandará pronto a alguien. Estoy contento de oler de nuevo el mar abierto. ¡Esta es ahora mi tierra de misión! ¡Rumbo a la isla de los piratas y que la paz esté con todos nosotros!

Capítulo XI

El bergantín oculto

—Ahí tienes el *Nuestra Señora de Consolación* —me dijo Walter Logan señalando un bergantín fondeado en una pequeña ensenada de una isla que parecía desierta.

—Nuestros hombres ya habrán carenado este magnífico navío. Ahora lleva los cañones justos, la carga apropiada y embarcaremos los hombres precisos para dar el asalto por sorpresa a la Isla de los Predadores —explicó Brian Sharp asomándose a la cubierta.

—El *Nuestra Señora de Consolación* está listo, preparado para navegar como un rayo si hace falta. Tenemos que ser más veloces que los piratas de Calavera Negra... Nos perseguirán con saña tan pronto como descubran que hemos allanado sus dominios —concluyó el señor Logan frotándose las manos de satisfacción.

Aquello era un fondeadero natural y Walter Logan nos aseguró que allí encontraríamos buenos pozos y ríos para proveernos de agua potable, así como recursos para conseguir vituallas frescas.

El *Aurora* mandó un bote a tierra para hacer aguada. En el *Adventurers*, sin embargo, había más movimiento, se cargaban en los botes cajas y pertrechos. Casi la mitad de los allí presentes nos mudamos de barco, íbamos a componer la expedición de rescate y preparábamos nuestro hatillo. Cada marinero preparaba sus armas de combate y se despedía del resto de la tripulación.

Bajé en el primer bote, con el padre Antonio, Maku Piku, Rufo y otros marineros. Frente a nosotros resplandecía la playa, de blanca y fina arena, que se prolongaba casi media milla de largo. Al fondo se abría una inmensa y esplendorosa selva, llena de exuberante vegetación. En la arena había varias tiendas y chozas, donde nos esperaban unos treinta hombres, marineros experimentados que habían puesto a punto el *Nuestra Señora de Consolación*. Según el bote se acercaba a tierra podía observar los rostros de los hombres que nos aguardaban y sentí una honda congoja: aquellos tipos parecían piratas. Sus ropas, sus miradas, sus brazos fuertes y llenos de cicatrices... Tenían todo el aspecto de ser profesionales del alboroto y del allanamiento de morada, sus caras de matarifes les delataban. No eran trigo limpio. Se veía a distancia que eran hombres encallecidos por el mar, bragados en mil batallas, violentos, peligrosos. Tuve miedo y miré, angustiado, al padre Antonio, el cual pareció adivinar mis pensamientos.

—Los caminos del Señor son inescrutables —me dijo, dando un suspiro de

resignación y observando a Rufo.

—Vamos a la guerra, Peter —me dijo Rufo—. No se reclutan corderitos para enfrentarse a lobos. No te preocupes, que Logan y yo conocemos bien a estos bichos de mala muerte.

Así debía de ser, porque de repente aquellos bucaneros que nos esperaban en la orilla comenzaron a lanzar jubilosos gritos de bienvenida y cuando los botes tocaron tierra nos recibieron con una gran ovación.

—¡Maku Piku, viejo caníbal! ¡Qué alegría verte de nuevo! —gritaron algunos.

—¡Rufo! Dichosos los ojos que te ven, bribón. ¿También tú te unes a esta expedición?

—El traje de lacayo te sienta como un verdadero rey —dijo otro dirigiéndose a Maku Piku.

—Chitón, chitón que hasta los monos de esta isla pueden estar conchabados con Calavera Negra —les silenció el negro, que parecía tener cierta ascendencia sobre ellos, porque los abrazó a todos, repartió coscorriones y algunos hasta aparentaron ponerse a sus órdenes.

Pero aquel ambiente festivo duró poco y, con la llegada del señor Logan y Brian Sharp, todo el mundo se puso firme. Sharp tomó pronto las riendas de aquellos siniestros hombres y les hizo seguir trabajando en los preparativos para la marcha.

Luego, ante mi sorpresa, aparecieron medio centenar de indios con taparrabos: hombres, mujeres y niños. Parecían conocer al señor Logan y a Brian Sharp y nos saludaron con mucha fiesta y alharaca. Los nativos realizaron varias reverencias consecutivas al señor Logan. Brian Sharp les habló en su lengua y, a continuación, llamó a algunos de sus hombres, que se acercaron con varios cofres que ofrecieron a los indígenas.

Los indios hablaron entre sí y varios de ellos fueron corriendo hacia el interior de la selva.

Pasado un rato de bailes y carantoñas por parte de los indios, llegaron los que se habían marchado con medio centenar de arcos y cientos de flechas. A cambio, los marineros de Logan les entregaron algunas espadas, pistolas y mosquetes. También telas y otros utensilios, que los indios recibieron con alborozo.

Brian Sharp habló con el cabecilla en su dialecto, señalándole el inmenso mar. El nativo sonrió y, mostrando un catalejo que llevaba en una bolsa, le respondió en su lengua.

—Dice que solo se ha escondido el sol dos semanas desde que vieron en la lejanía tres barcos —nos tradujo Sharp—, con velas oscuras y rojas, los tres con las banderas de Calavera Negra.

No me cupo ninguna duda de que allí estaba mi hermano Dick y el resto de los

cautivos. ¡Había que ponerse en marcha lo antes posible!

Capítulo XII

Un pirata arrepentido

El bergantín *Nuestra Señora de Consolación* era muy rápido, pero no podía impedir que la travesía se me hiciera terriblemente larga. La impaciencia por rescatar a mi hermano pequeño corroía mis entrañas. Inquieto, posaba mis manos en la borda y observaba la infinita extensión de olas, esperando ver de un momento a otro los primeros atisbos de la isla de los piratas. Los ruidos de la noche acompañaban mis pensamientos. Las cuernas del barco crujían con los embates del agua. Una sombra se me acercó silenciosamente.

—Si el viento acompaña como hoy, mañana al atardecer estaremos cerca de la Isla de los Predadores —me dijo el padre Antonio mientras colocaba su mano en mi hombro—. Ten fe. Rescataremos a tu hermano y a todos los cautivos.

El viento que revolvía mis cabellos limpiaba las lágrimas que no lograba encerrar en mis ojos.

—Temo lo peor. Calavera Negra es cruel y dicen que le dan ataques de ira y manda matar a los cautivos. Le importa más ver correr la sangre que conseguir un succulento rescate. Ese hombre está loco. Es un matarife.

—Todos nuestros cabellos están contados. No pasa nada en el mundo si Dios no lo permite. Puedes estar tranquilo.

Nos quedamos en silencio. La noche se acercaba progresivamente y se encendieron los primeros faroles del barco. Con el prender de las luces algunos hombres se retiraban a sus catres para descansar; otros permanecían en cubierta, entonando canciones nostálgicas.

—Otro día terminado. Mañana estaremos cerca de la isla de Calavera Negra —dijo Rufo, que se acercó a nosotros.

—La ayuda de Rufo será fundamental en esta expedición porque conoce como nadie el refugio de Calavera Negra —me aseguró el padre Antonio.

Me quedé asombrado. Si conocía la isla, es que había vivido allí, y los que vivían allí eran...

—Piratas. Sí, en esta isla solo han vivido y viven piratas —dijo Rufo respondiendo a mis pensamientos—. Te preguntarás cómo es que conozco entonces la isla.

Miré a Rufo y al padre Antonio y asentí. Luego Rufo miró al sacerdote y este hizo un ademán, invitándole a contar su historia.

—Sí, he sido pirata. Y aún me duele en mi conciencia el mal que hice. Es una historia amarga y terrible...

—Continúa, este joven no se escandalizará —pidió el padre Antonio.

—Estuve a las órdenes de Calavera Negra. Fui su hombre de confianza.

—Dios mío —musité estremeciéndome, mirando con sorpresa a Rufo.

—Pero eso fue antes de que Calavera Negra asesinara a tu padre —aseguró Rufo con una fría mueca—. Mucho antes. Cuando eso ocurrió yo malvivía en una isla, tras haber luchado junto a Igor el Rojo.

—Pero si Igor el Rojo era enemigo de Calavera Negra... —repuse sin entender cómo aquello era posible.

—Creo que a Peter le gustaría saber todo lo que pasó —dijo el sacerdote. Rufo se rascó la barbilla, mirando al mar pensativo. Y luego empezó a hablar:

—Yo era el segundo de a bordo con Calavera Negra. En cierta fatídica ocasión, atacamos un barco repleto de buenas mercancías. Toda la tripulación de aquel navío se defendió valerosamente, pero les derrotamos —Rufo cerró los ojos como si imaginara aquella escena y luego continuó—: Calavera Negra, viendo que aquellos marineros eran hombres fuertes y duchos en las armas, les dio dos alternativas: o se unían a nuestra tripulación y se hacían piratas o serían lanzados a los tiburones. Para mi sorpresa, aquellos hombres preferían morir antes que hacerse piratas. Aquello me impactó: eran personas ejemplares. Calavera Negra ordenó flagelarlos a todos, hasta a los heridos.

—Propio de Calavera Negra —apostilló el padre Antonio con resignación.

—Todos fueron azotados ferozmente —prosiguió Rufo con pesar—. Los gritos de dolor de aquellos valientes penetraron en mis entrañas. No merecían morir y pedí a Calavera Negra que los abandonara en cualquier isla. Quizá fue un rasgo de humanidad o quizá me estaba haciendo viejo. Calavera Negra me miró con sorpresa, parecía no reconocerme. «Rufo, Rufo. Lo tuyo es la destrucción y la muerte. ¿Qué ha sido de ti? ¿Dónde está tu ira? Tú eras despiadado, pero ahora te estás volviendo débil y cobarde», me dijo. Después de los azotes, les golpearon cruelmente, les escupieron y se burlaron de ellos. Colocaron una tabla sobre la borda y todos fueron lanzados al agua, uno a uno. Aquellos valientes marcharon a la muerte con la cabeza alta, mientras la tripulación de Calavera Negra reía. Todos menos yo. La abundante sangre de los heridos atrajo pronto a una bandada de tiburones que acabó con ellos. El mar se tiñó de rojo y aún oigo los gritos de terror de aquellos hombres en mis noches de insomnio. Calavera Negra me tuvo desde entonces vigilado, pero, a la primera ocasión que pude, deserté. Pasado un tiempo, entré en contacto con Igor el Rojo y me uní a su tripulación.

—¿Por qué te hiciste pirata? ¿Qué puede obligar a un hombre honrado a alistarse con Calavera Negra? —pregunté, ávido de respuestas.

—Hambre, desesperación, impotencia, odio a todo el mundo... Y el mal ejemplo. En

algunos países los gobernantes no son ejemplares, caen en la tela de araña de la corrupción, se enriquecen ilícitamente y sus delitos permanecen impunes. Este mal ejemplo desalienta a los ciudadanos honrados que sufren, pasan hambre y, al final, los muy desgraciados se unen también a la corrupción. En fin, que unos y otros encontrarán su merecido.

En mi caso —continuó Rufo—, yo era un soldado, pero muchas veces la paga no llegaba y estábamos hambrientos. Un día, desesperados, mis compañeros y yo nos amotinamos y, cuando ya estás fuera de la ley, prefieres aliarte a los mejores, a los más fuertes. Por eso acabé uniéndome a Calavera Negra, un pirata con fama de acoger bien a los rebeldes, que favorece y respeta a los filibusteros a su manera, les da cobijo en su isla, les ofrece comodidades, riquezas y, sobre todo, la posibilidad de vengarse de una sociedad que un día les maltrató. ¡Revancha...!

—¿No temen la horca los piratas? —pregunté.

—No. La mayoría lo han perdido todo y odian al mundo. Además, como piratas llevan muy buena vida. Ten en cuenta que muchos pasaban hambre y penalidades, algunos tenían hijos y sufrían lo indecible por no poderles dar de comer. Entonces, hartos de estar hartos, se alistaron en barcos de bandera negra. Ahí no les falta comida, riquezas, placeres. Recorren, engatusados por la codicia, el camino del delito... Pero el final de ese trayecto es angustioso, porque aun con todas las riquezas del mundo no son plenamente felices, siempre queda un poso de amargura. Y luego, después de una vida de desenfreno, pólvora y sangre, llega la muerte, inexorable... —se pasó la mano por los ojos con un gesto de dolor.

—¿Por qué se odiaban tanto dos piratas como Calavera Negra e Igor el Rojo? —inquirí nuevamente.

—Igor era un pirata inusual, distinto. En su juventud fue un joven comerciante, amante de la buena vida, alegre, pacífico. En un determinado momento se arruinó, se quedó sin nada. Luego sucedió que Calavera Negra atacó la isla en la que vivía, murieron muchos y, entre ellos, el hermano de Igor, su mujer y sus hijos. Igor, sin nada que perder, entró en la piratería por venganza. Reunió a varios filibusteros, robó un barco y se lanzó en busca de Calavera Negra. Pero se dio cuenta de que para vencer a Calavera Negra necesitaba más hombres, tripulación, armas, cañones... Entonces, no dudó en atacar a los primeros barcos que se le ponían a tiro. Era un hombre valeroso y aquello le resultaba endiabladamente fácil. Él y sus hombres se metieron en un torbellino de luchas, asaltos, botines, fiestas piratas... pero nunca logró derrotar a Calavera Negra. En su mejor momento, Igor llegó a comandar una flota de tres barcos. Ahí fue cuando yo entré a trabajar con él. Un año más tarde, nos enfrentamos dos veces a tu padre. Primero vencimos nosotros, pero en la segunda nos derrotó...

—Y os abandonaron en una isla desierta.

—Sí, y allí estuvimos hasta que nos recogió un barco. No sabían que éramos piratas. Les contamos que habíamos sido atacados por Calavera Negra. Así terminaron las andanzas de Igor el Rojo y así intenté yo iniciar una nueva vida, alejado de la piratería...

* * *

—Ahí tenéis la Isla de los Predadores —dijo el señor Logan al día siguiente, señalando una mancha oscura que apenas se percibía en el horizonte.

—¿Cuándo desembarcaremos? —pregunté ansioso.

—Será esta noche. De momento avanzaremos despacio, por la parte posterior de la isla, y con la oscuridad nos iremos acercando.

—¿Y si nos ven? —interrogué inquieto.

—Es posible que algún vigía vea nuestro barco, pero a los piratas no les preocupa que un solo navío merodee por la isla.

—¿Y qué harán?

—Puede que no hagan nada o puede que manden un par de buques para atacarnos. Depende de las ganas de rapiña que tengan o de si hay o no fiesta en la isla.

—Han conseguido un importante botín atacando nuestra tierra y seguramente estarán todavía de celebraciones —explicó Brian Sharp.

—Esperemos que así sea —suspiró el señor Logan—. Ha llegado el momento cumbre de nuestra aventura. A partir de ahora debemos tener cautela.

—Cierto —respondió Sharp—. Allí correremos un peligro espantoso. Si nos descubren, nos perseguirán todos los piratas de la isla. Y, en cualquier caso, cuando Calavera Negra sepa que hemos entrado en su propia casa, dedicará el resto de su vida a perseguirnos a todos. Y no cejará hasta que nos torture uno a uno. Así es Calavera Negra.

Luego Brian Sharp me contó que en aquella isla fondeaban más de dos decenas de barcos de guerra y entre ellos los navíos de los piratas más sádicos y malvados de todo el Caribe: Calavera Negra, Jean Pata de Palo, Luis el Loco, Jack el Cruel...

Capítulo XIII

La tumba de Francis Stranger

Cuando puse por primera vez los pies en la Isla de los Predadores supe lo que era el verdadero miedo. Aquel trozo de tierra era la guarida de los piratas. Y a nadie le gusta que allanen su morada, tampoco a los filibusteros, que, aunque amigos de lo ajeno, lo suyo, suyo es. ¡Ay de quien toque sus pertenencias!

Por suerte los vigías de Calavera Negra o no nos vieron o poco les importó que el *Nuestra Señora de Consolación* merodeara por su costa. Era de noche y la luna clara permitía una visión razonable. Se arriaron tres botes. Bajé en uno junto a Walter Logan, Brian Sharp, Maku Piku y Rufo. Unos quince hombres se sumaron a esta expedición, algunos de ellos tomaron los remos. Brian Sharp portaba el mapa de mi padre y fue guiando con buena mano las tres embarcaciones por el laberinto de arrecifes. Aquel camino era endiabladamente peligroso y las rocas quedaban a un palmo de las lanchas. Los marineros bogaban despacio, temerosos de chocar. La fortuna estaba de nuestra parte y el mapa y la pericia de Brian Sharp impidieron que nos fuéramos a pique. No sin alivio, llegamos sanos y salvos a una pequeña caleta que sobresalía.

Al desembarcar, Maku Piku nos dio a cada uno un arco acompañado de un puñado de flechas, silenciosas armas que nos permitirían atacar a los centinelas sin armar mucho ruido.

Frente a nosotros teníamos ahora una pared vertical de piedra, que a primera vista parecía imposible de escalar.

—¿Cómo pasaremos este muro de piedra? —dije, algo desalentado, mirando a Walter Logan.

—No te preocupes, el mapa señala un pequeño camino natural hasta la cueva del Alacrán. Una vez en ella, podremos pasar al otro lado —respondió Brian Sharp.

—La gruta del Alacrán es una amplia cueva, llena de laberintos —me explicó el señor Logan—. Los piratas de Calavera Negra la utilizan como cementerio. Sin embargo, desconocen que uno de los pasillos del laberinto permite bajar hasta los pies del mismísimo acantilado.

Dejamos atrás dos hombres que se quedaron vigilando los botes y el resto subimos la montaña hasta la boca de la cueva. Era esta una entrada bastante disimulada, consistente en una estrecha hendidura o rendija en la piedra, que permitía el paso de un hombre caminando de perfil. Uno a uno fuimos pasando al interior de la caverna, comenzando

por Brian Sharp, que parecía conocer el terreno.

Desde esa altura podíamos contemplar la sombra oscura de nuestro barco, que permanecía con todas las luces apagadas. Cuando me llegó el turno y entré en la cueva, habían encendido dos faroles. Hacía frío y olía a humedad.

—¡Esta es la cueva del Alacrán! —exclamó Sharp cuando todos estábamos dentro—. Ahora recorreremos sus pasadizos hasta la otra parte, donde está el osario de los piratas. Desde allí bajaremos hacia el poblado en busca de los prisioneros.

—Señor Logan, es usted muy astuto y me deja sorprendido. ¿Cómo sabía de la existencia de este lugar? —preguntó Rufo—. Los que hemos vivido en esta isla jamás supimos que la cueva tuviera esta conexión con la pequeña ensenada de abajo.

—Alguien descubrió todo esto —respondió Logan— y tuvo a bien mantenerlo en secreto. Luego confeccionó un plano de la cueva y de los accesos por mar.

—Y ese alguien —concluyó Brian Sharp— sabía que los enemigos de los piratas darían muchos doblones por el plano y contactó con el capitán John Scott para venderle la mercancía. Por eso, Peter guardaba este mapa que nos trae al corazón de la isla.

—Maku Piku, Rufo y otros seis hombres irán con Peter Scott hasta el poblado en busca de los cautivos —dijo Brian Sharp—. El resto nos quedaremos aquí para buscar la tumba de Francis Stranger.

—¿La tumba de Francis Stranger...? —pregunté, entre sorprendido y confuso, pues era la primera noticia que tenía de esa búsqueda.

—¡Así es! —rió el señor Logan—. Este es el trozo de historia que no pude revelarte en su momento. Sabíamos que este plano llevaba a la cueva del Alacrán, y, a la vez, nuestro amigo Sharp tenía otro mapa... Un plano que señalaba la tumba del pirata Francis Stranger, un hombre de la tripulación de Jean Pata de Palo. Tenemos conocimiento de que Calavera Negra guarda parte de sus riquezas en esta tumba. Así que Sharp y yo iremos a la búsqueda de un gran tesoro.

Me quedé estupefacto. Así que para esto quería el mapa Logan y era capaz de arriesgar su vida, la de sus hombres y la nuestra. Imaginé que el tal tesoro debía de ser toda una fortuna.

—Señor Logan, ¿por qué no me dijo nada? —pregunté algo irritado.

—Hay cosas que es mejor mantener en secreto —me respondió Rufo por él.

—¡Chitón, chitón! —añadió Maku Piku con una sonrisa de oreja a oreja.

—No te preocupes, nos volveremos a casa con todos los cautivos y, de propina, la mayor parte del tesoro de Calavera Negra. Y tú, Peter, como integrante de esta expedición, tendrás tu porción del botín. ¡En marcha, nos vamos! —zanjó el señor Logan.

No puedo decir que no me alegrara saber que habría riquezas para repartir al final de la aventura, pero aquello en realidad no me preocupaba. Mi intención era que Dick y el resto de los cautivos regresaran sanos y salvos. ¡Y la hora del rescate había llegado!

Abandonamos la cueva, ocultándonos entre la vegetación, y nos acercamos sigilosamente hacia el poblado de los piratas. Rufo me había contado que recordaba dónde Calavera Negra solía encerrar a los prisioneros y hacia allí nos dirigimos.

Toda la isla estaba de fiesta. Había bullicio, alegría, cánticos, bailes, fogatas y antorchas. Verdaderamente aquellos facinerosos vivían al día, despilfarraban las riquezas que caían en sus manos y eran insaciables. Cantaban y vociferaban, blasfemaban y juraban, vivían y morían. Una existencia embravecida, como una tormenta que no amaina, nunca paraban.

Pensé que, quizá gracias a esto, podríamos salir airosos de aquella maldita isla, porque los piratas estaban inmersos en tal torbellino vital, que no se percataban de lo verdaderamente importante. Una vez me dijo el padre Antonio que los hombres sabios aprenden mucho de sus enemigos; y a mí, de esta aventura en la Isla de los Predadores, me quedó el aprendizaje de que en la vida hay que tener momentos para meditar, para, en el sosiego del corazón y la mente, observar alrededor, mirar y, solo tras discurrir serenamente, actuar.

Nos acercamos a dos grandes jaulas donde dormitaban unos cuarenta prisioneros entre hombres, mujeres y niños. Allí estaría mi hermano. Estábamos a punto de liberarlos cuando repentinamente tuve un mal presentimiento: todo estaba saliendo demasiado bien y no acababa de creérmelo, algo iba a fallar. Había dos centinelas sentados junto a una fogata, aburridos y lamentando la negra suerte de tener que vigilar mientras sus compinches estaban de fiesta. Maku Piku y Rufo, que eran los mejores tiradores con arco, les lanzaron dos certeras flechas que los dejaron fuera de combate.

El camino estaba allanado y nos acercamos a las jaulas. Los prisioneros se despertaron y nos miraron sorprendidos.

—Chitón, chitón —les decía Maku Piku a los presos, llevándose el dedo a los labios.

Rompimos las cadenas que cerraban las puertas haciendo palanca con un mosquete y los prisioneros salieron, casi sin creer en su buena suerte. Ver a los centinelas muertos les convenció de que aquello iba en serio.

Busqué ansioso a Dick entre los cautivos, corriendo a la segunda jaula, donde se encontraban varios niños y algunas mujeres.

—¡Dick! ¡Dick Scott! —susurré, preocupado.

De repente me entró una fuerte congoja: mi hermano no estaba en ninguna de las dos jaulas.

Capítulo XIV

En la boca del lobo

No rendirse ante las adversidades, superar los contratiempos. Esto es lo que me habían enseñado y, aunque se me vino el mundo encima y temí por la vida de mi hermano, me dispuse a luchar, a enfrentarme a las circunstancias. Aun así, estaba profundamente angustiado.

—¿Dónde está Dick? Es un niño pequeño, de unos cuatro años, que también fue secuestrado por los piratas el día del asalto —interrogué a las mujeres que estaban en las jaulas.

—Al pequeño Dick Scott se lo llevó un pirata a su casa cuando llegamos —dijo una.

—Fue un anciano pirata al que llamaban Hugo Black —apostilló otra.

—¡Dios mío! ¿Por qué? —exclamé llevándome las manos al rostro.

—No te preocupes —me dijo Rufo en voz baja—, conozco de sobra a Hugo Black. Es uno de los piratas más veteranos, un hombre de confianza de Calavera Negra... pero es un arrepentido. Él fue quien me ayudó a escapar. Tú y yo iremos a su casa. El resto debe salir de aquí inmediatamente.

—Así lo haremos, los pies me queman en esta isla —replicó Maku Piku—, saldremos ahora mismo hacia la cueva del Alacrán. Antes o después descubrirán que hemos liberado a los presos y entonces debemos estar lo más lejos posible. No tardéis en regresar... a lo mejor el señor Logan no tiene paciencia para estar mucho tiempo fondeado en este infierno.

«Lleva razón», pensé. El señor Logan, con el tesoro en el bolsillo, desearía huir lo más rápido posible de la isla. Debíamos darnos prisa. Además, cada instante que pasábamos en la isla aumentaba las posibilidades de que los piratas descubrieran la fuga de los presos.

Amparados en la oscuridad de la noche, Rufo y yo nos internamos aún más en las profundidades de la Isla de los Predadores. Proseguía la gran fiesta. Nos ocultamos el rostro con nuestros sombreros, cogimos unas botellas y empezamos a caminar en descubierto con la mayor naturalidad posible. Nos topamos con filibusteros borrachos, que deambulaban, sin rumbo, por las calles, cantando, bailando y bebiendo.

Rufo me contó que debíamos pasar por el centro de la ciudad, donde se congregaba todo el meollo de la fiesta. Era el único camino que llevaba a la casa de Hugo Black.

Estábamos en las mismas fauces del lobo y yo tenía un miedo atroz, pero era la hora

de sobreponerse, de dar el todo por el todo, de ser valiente. Observé a Rufo. Llevaba el gesto serio, pero no tenía miedo. Tuve claro que estaba arriesgando su vida por ayudarme a rescatar a mi hermano...

Llegamos a la plaza central del poblado, donde estaba el corazón de la fiesta. Más de dos centenares de piratas armaban allí una terrible algarabía, mezcla de gritos, música y canciones de borrachos ahitos de ron.

De repente, sonó un disparo y se me heló la sangre en las venas. Se hizo un silencio solemne en la plaza, solo roto por algún pirata con hipo. Eché mano del cuchillo que llevaba oculto en las ropas, pero Rufo me detuvo.

—Tranquilo, es la hora del teatro —me dijo.

Toda la multitud estalló en aplausos cuando varios actores subieron a un amplio tablado, levantado a un lado de la plaza. Los comediantes, unos siete u ocho, iban disfrazados de soldados y comenzaron a interpretar una pantomima, clamando que deseaban derrotar a Calavera Negra.

El mismísimo Calavera Negra subió al tablado, ante un nuevo aplauso de toda la plaza.

—Vamos a representar ante todos vosotros «La última batalla del capitán Scott»... escrito y protagonizado por Calavera Negra —dijo el ruin pirata.

La multitud coreó su nombre y comenzaron a interpretar una comedia bufa, donde mi padre era un vulgar capitán, temeroso de los piratas. Ver cómo se hacía mofa del nombre de mi padre encendió mi ira. Llevé de nuevo mi mano hacia el cuchillo, pero Rufo detuvo otra vez mi ímpetu, con unas certeras palabras.

—Estamos aquí para rescatar a tu hermano. Ya llegará la hora de nuestra venganza. ¡Marchémonos de aquí!

—Pagarán esta maldita burla —mascullé indignado.

Atravesamos varias calles, hasta que nos topamos con una pequeña casa con una luz que brillaba en su interior. Rufo llamó con dos golpes secos, esperó unos instantes y luego volvió a golpear dos veces.

—Era nuestra contraseña —musitó.

Se abrió un resquicio de la puerta y los ojos de un viejo nos observaron unos segundos, que se hicieron eternos.

—¡Diantre, Rufo! ¿Cómo osas venir por aquí, insensato? ¡Entrad! —dijo abriendo la puerta y guardando una pistola que tenía amartillada y presta para disparar—. ¡Estoy en vilo!

—Salud, Hugo, No hay tiempo que perder: buscamos a un preso, un niño llamado Dick Scott. Este es su hermano, Peter Scott, ambos son hijos del capitán John Scott.

—¡Lo sé, por eso estoy tan preocupado! Como Calavera Negra se entere de que tengo aquí al hijo de John Scott, podría sospechar que le traiciono y entonces me matará

con sus propias manos. Supe pronto que el niño era hijo del capitán Scott y convencí a los vigilantes de que me dejaran comprarlo como esclavo. Aún no han decidido qué hacer con los rehenes, si pedir rescate o venderlos como esclavos –hizo una pausa para tomar aliento–. ¿Cómo demonios habéis entrado en la Isla de los Predadores?

Rufo puso al corriente a Hugo Black de nuestra historia, sin mencionarle, por precaución, los detalles sobre cómo habíamos entrado en la isla. Yo, por mi parte, me dirigí corriendo al jergón del fondo donde descansaba mi hermano y lo acaricié con lágrimas en los ojos. Tenía buen aspecto.

—Debemos esperar unas dos horas para huir, cuando la mayoría de los piratas estén durmiendo la borrachera. Quisiera largarme con vosotros, hace mucho que mi tiempo en esta maldita isla ha terminado –confesó Hugo Black.

—Creo que el capitán Logan no tendrá inconveniente en que vengas con nosotros, porque nos has ayudado –dijo Rufo–, pero no esperaremos ni un minuto más. Ya deberíamos estar fuera de esta maldita isla. Cuando descubran que hemos liberado a los esclavos, todos se pondrán en pie de guerra.

—Sí, tienes razón, marchémonos ya –respondió Hugo Black–. Muchacho, coge al niño. El pobre está muy inquieto, ha sufrido mucho.

Desperté a Dick.

—¡Peter! ¿Dónde está mamá? –el pequeño se echó a mis brazos, llorando.

—Mamá te espera en casa y reza por verte pronto.

Ambos nos abrazamos fuertemente. No puedo describir con palabras la alegría que sentí al ver de nuevo a mi hermano y comprobar que estaba bien.

—¡Quiero ir a casa! –me decía Dick apretando sus bracitos en torno a mi cuello.

—Nos vamos ahora mismo –dije conmovido–. Vengo con amigos muy valientes y cerca de aquí tenemos un barco muy veloz que nos llevará de vuelta a casa.

Salimos de la vivienda en fila, uno detrás de otro. Abría paso Hugo Black, luego iba Rufo, con Dick en brazos, y yo cerraba la marcha. Lo que más temíamos era atravesar la plaza, que estaba infectada de piratas. Por fortuna la recorrimos sin ningún contratiempo y parecía que todo iba bien. Nadie nos prestaba atención. Sin embargo, al doblar la primera esquina, fue Dick quien, sin querer, nos delató. Debí de ver al pirata que lo capturó o a alguno que se le parecía, de tal modo que se puso a gritar como un condenado, asustado.

—¡Socorro, piratas! ¡Peter, Peter!

Rufo intentó tranquilizarlo, pero sus primeros gritos llamaron la atención de dos piratas, que se acercaron amenazadoramente.

—¿Quién es este niño? ¿No es uno de los prisioneros? –dijo uno.

—Este niño es cosa mía, alejaos de aquí –me encaré con ellos. Rufo y Hugo se quedaron aparte, procurando no llamar la atención.

—¿Y quién eres tú? —dijo el otro mientras sacaba un cuchillo—. No tienes pinta de ser de los nuestros.

Y, antes de que Black pudiera venir en mi ayuda, me vi enzarzado en una pelea. Acudieron muchos piratas y nos rodearon, ansiosos de contemplar una riña sangrienta. Maldije aquella mala suerte y temí que todo el plan se fuera al garete.

Forcejeaba con uno de los piratas que nos habían dado el alto, ambos intentábamos dar y esquivar cuchilladas. Pero solo dio tiempo de hacernos leves rasguños, porque una potente voz detuvo la contienda.

—¡Deteneos! —la voz se acercó—. ¡Por todos los demonios del mar que este muchacho es el mismísimo hijo del capitán Scott! —gritó Calavera Negra.

Varios hombres me aprehendieron con manos de hierro, inmovilizándome ante Calavera Negra, que me saludó con un bofetón. Noté un hilillo de sangre que corría por la comisura de mis labios.

—¿Cómo diantres has entrado aquí? ¡Te dejé tumbado en Nevis y esta isla es inexpugnable!

Miré con furia al pirata, decidido a no dar ninguna pista.

—¿Cuántos sois? ¿Quién es ese niño que iba con vosotros? No quieres hablar, ¿verdad? Vas a probar el látigo. ¡Piratas, dad la alerta en toda la isla, puede haber más polizones!

Me arrastraron al tablado donde se había representando la pantomima y el mismísimo Calavera Negra empuñó el látigo. Dos hombres me desnudaron la espalda. Me propuse no decir nada. Intuía que Rufo y Hugo habían puesto pies en polvorosa con Dick y eso me dejó más tranquilo. Pero, por mi parte, debía ganar todo el tiempo posible para que pudieran llegar a la cueva y zarpar sin ser descubiertos.

—¿Cómo has entrado aquí? ¿Te has colado en uno de nuestros barcos?

—No diré nada, asesino —mascullé.

—Eres gallito, ¿eh? —dijo y me arreó tal latigazo que me hizo aullar de dolor y dejar escapar involuntariamente todo el contenido de mi vejiga.

—Aquí lo tenéis, ¡un cobarde meado en los pantalones! —rió Calavera Negra.

—Eres un malnacido y algún día me las pagarás... —grité enfurecido y recibí otro latigazo.

Noté cómo el dolor me recorría todo el cuerpo y la sangre resbalando por mi espalda. Percibía que mi voluntad comenzaba a flaquear, pero me juré, airado, que aguantaría hasta el final. Lo haría por mi madre y mi hermano, por Lidia, por la memoria de mi padre...

—¿Vas a hablar? —me preguntó Calavera Negra agarrando con violencia mis cabellos para ver mi rostro.

Negué levemente con la cabeza. El pirata se levantó y empuñó el látigo. Recé para

mis adentros, implorando la ayuda divina.

Recibí dos latigazos más que me dejaron exánime. Pensé que era mi fin. Advertí que comenzaba a perder la visión, pero a lo lejos oía los primeros truenos de una tormenta que se anunciaba en el horizonte. Acudieron varios piratas corriendo, informando que los prisioneros habían escapado. Calavera Negra gritó encolerizado. Y entonces perdí el conocimiento.

* * *

Oía restallar los truenos. Noté que la espalda me dolía intensamente. Alguien limpiaba mis heridas y la piel me ardía. Sentí agua en la cara, abrí los ojos y comprobé que Hugo Black estaba a mi lado.

—¿Dónde estoy? ¿Hace mucho que perdí el conocimiento? —pregunté.

—No hace ni una hora que te desmayaste. Y, por fortuna, todos han corrido en busca de los prisioneros. Reina la más absoluta confusión en la isla, pues nadie sabe por dónde han huido los cautivos. Y encima se acaba de desatar una tormenta de mil demonios.

Observé cómo dos piratas yacían muertos en el suelo y sonreí levemente.

—Eran tus guardianes —dijo Hugo Black, que adivinó mis pensamientos—. Pronto los descubrirán y debemos salir de aquí de inmediato. ¿Puedes andar?

—Sí, gracias por tu ayuda, estaré siempre en deuda contigo —musité, incorporándome.

—¡Bah! Aún no estamos a salvo. Disfrázate con estas ropas. La isla está en pie de guerra.

—Nos descubrirán —dije.

—Es posible, pero esta tormenta será nuestra aliada, apenas se ve y podremos pasar desapercibidos. Hay un tremendo caos en la isla y, aunque vayamos corriendo, no llamaremos la atención. ¿Hacia dónde debemos dirigirnos?

Caí en la cuenta de que Rufo, por precaución, no le había dicho a Hugo Black cómo habíamos entrado en la isla, si bien había autorizado que viniera con nosotros. Yo desconocía la forma de llegar más rápida y segura, así que tuve que vencer los últimos atisbos de desconfianza con Hugo Black y confesé el lugar de nuestra entrada secreta.

—Hemos entrado por un laberinto secreto que lleva desde los acantilados a la cueva del Alacrán.

—¡Ah! ¿Y cómo demonios llegasteis a los acantilados sin estamparos en las rocas? ¿Volando como pájaros?

—Disponíamos de un mapa donde se señalaba el camino que podía recorrer un bote hasta una ensenada que hay bajo el acantilado.

—¡Increíble! Nadie pensará que hayáis podido entrar por ahí. ¡Larguémonos!

Musité una oración y, aún dolorido y debilitado por los latigazos, me lancé fuera en compañía de Black. La naturaleza se ponía de nuestra parte, aquello era más que una tormenta: era un verdadero diluvio. El agua caía con violencia y en unos instantes estábamos empapados. Me pregunté si el *Nuestra Señora de Consolación* estaba capeando bien el temporal y si los botes podrían regresar a su costado en tales condiciones. Como había dicho Hugo Black, había un gran alboroto en la isla y muchos piratas corrían de un lado para otro, como gallinas sin cabeza.

Quedaba poco para el amanecer cuando llegamos a la cueva del Alacrán. El temporal estaba amainando en esos momentos y entramos presurosos a la oscuridad de la caverna. No habíamos avanzado ni cinco metros, cuando varias bocas de fuego, incluyendo la de un pequeño cañón, nos apuntaron amenazadoras.

—¡Válgame Dios, Peter! —clamó el señor Logan, guardando su pistola—. Creíamos que erais piratas.

—¡Señor Logan, amigos! —exclamé, contento.

—Te dábamos por muerto —terció Rufo.

—Y estábamos a punto de largarnos —añadió Brian Sharp.

De la penumbra de la cueva salieron varios hombres más, entre ellos Maku Piku, que era quien portaba el pequeño cañón, llamado falconete.

—Bienvenido seas, Hugo Black. Hoy dejarás atrás tu vida de pirata —dijo Rufo dirigiéndose a su amigo.

—Gracias, Rufo. Llevo tiempo deseando salir de este antro de corrupción y maldad —respondió Black abrazando a Rufo y saludando al resto.

—¿Dónde está mi hermano? —pregunté, ansioso.

—Tu hermano ya está a salvo en el *Consolación*, junto al resto de cautivos. ¡Nos largamos ahora mismo! —ordenó Walter Logan.

No había terminado de hablar cuando varios disparos se colaron por la abertura de la cueva que acabábamos de franquear. Hugo Black cayó malherido. Logan, Sharp, Rufo y los otros se asomaron y dispararon sus armas.

—¡Corramos, nos han descubierto! —vociferó Rufo.

—En un santiamén estará aquí toda la isla. Maku Piku, coge a Black —dijo Logan amartillando su arma.

Me incliné sobre Hugo Black. Estaba pálido y sangraba por una herida en la espalda.

—Me muero. Huid vosotros. Dejadme vuestras armas y los contendré.

—Gracias por todo, Hugo Black —le dije sumamente agradecido.

—Te debemos mucho, amigo Hugo —añadió Rufo.

—¡Huid! ¡Y rezad por mi alma! —dijo arrastrándose hacia la boca de la cueva, con las armas de fuego que le habíamos dejado cargadas.

Nos marchamos atropelladamente, poniendo tierra de por medio y bajando hacia la

caleta, mientras resonaban en la cueva los tiros de Hugo Black y los piratas.

Llegamos a los botes y nos embarcamos a toda prisa rumbo al barco. En la barcaza del señor Logan, se veían tres grandes y pesados arcones, cerrados a cal y canto.

—¿Es el tesoro de Calavera Negra? —pregunté señalándolos.

—Así es. ¡Hemos tenido suerte! Nos volvemos a casa y nos llevamos como premio el grueso del tesoro de Calavera Negra.

En el barco me esperaban Dick y el padre Antonio, que acudieron a mi encuentro con alborozo.

—Sabía que lo conseguirías. Has sido muy valiente y nunca has perdido la fe —me dijo el padre, abrazándome con fuerza.

Logan ordenó levar el ancla y soltar las velas. Los piratas nos perseguirían con saña, pero, de momento, nuestro navío salió de allí como alma que lleva el diablo.

Capítulo XV

Traición a bordo

Tras una corta travesía, al día siguiente nos volvimos a encontrar con el *Adventurers* y el *Aurora*. Lanzamos un cañonazo de aviso y, fondeando entre ambos, llevamos a todos los presos liberados al *Aurora*, donde estaba mi tío, Robert Scott, que nos recibió con suma alegría.

Se celebró una pequeña fiesta en cada buque y acordamos que el *Aurora* y el *Adventurers* partirían para llevar a los cautivos a casa, si bien antes pararían en algunas islas cercanas para vender la mercancía que oficialmente se había transportado y así guardar las apariencias, para mayor seguridad. Se decidió también que el escuadrón de Andrés Salvatierra se repartiría entre estos dos barcos, con el fin de darles protección y escolta.

Antes de la partida, mi tío, el padre Antonio y Walter Logan se reunieron conmigo.

—Peter, hemos pensando que te embarcarás en el *Aurora*, con tu hermano, el padre Antonio y el resto de las personas que habéis rescatado. Es hora de regresar a casa —me dijo mi tío, que no había probado una gota de alcohol en todo el viaje, ni siquiera ahora, que se había abierto un barril de ron para celebrar la liberación de los cautivos—. Yo me embarcaré en el *Nuestra Señora de Consolación*, iré con el señor Logan para culminar nuestra misión: cerrar el paso a los barcos de Calavera Negra que nos persigan.

—¡Serán muchos y os hundirán sin clemencia! —exclamé, asombrado de tamaña temeridad.

—Es probable. Pero el *Consolación* es un barco rápido y quizá tengamos una oportunidad de escapar —explicó mi tío.

—¿Y si os alcanzan? —inquirí preocupado.

—Entonces, habrá llegado la hora de enfrentarnos por fin a Calavera Negra. El señor Logan, Rufo y algunos de estos hombres tienen ganas de saludarle.

—Pero... ¿usted también, señor Logan? ¿No teme por su vida? —pregunté, sorprendido de que aquel rico comerciante, que ya tenía en su poder el tesoro de Calavera Negra, no dudara en ponerse de nuevo delante de las narices del pirata.

—Espero que Calavera Negra nunca nos alcance —refirió Logan—, pero, si lo hace, yo también tengo una vieja cuenta pendiente con ese pirata y habrá llegado la hora de saldarla... Padre Antonio, queremos su bendición antes de partir.

—¡Un momento! Yo también iré en el *Nuestra Señora de Consolación* —dije

convencido y vehemente—. Mi misión tampoco ha terminado y mi sitio está en ese barco. Y, si Calavera Negra se cruza en mi camino, habrá llegado la hora de vengar a mi padre.

—¡He aquí un bravo mozo! ¡Bienvenido a bordo! —respondió Logan.

—¡Así habla todo un Scott! ¡Este es un valiente innato! —exclamó mi tío.

—Caballeros, si este joven está convencido de que su misión está en viajar en el *Consolación* a pesar de los grandes peligros que acechan a este buque, a mí solo me queda daros la bendición —concluyó el padre Antonio.

—¡Hala, pues, vamos a ello, que el tiempo vuela! —clamó Logan.

Me pareció que estaba satisfecho de contar conmigo en tan peligroso viaje.

El señor Logan, mi tío y yo nos arrodillamos mientras el sacerdote hacía el signo de la cruz y luego nos despedimos de todos. Abracé fuertemente a mi hermano, confiándolo al cuidado del padre Antonio y de las mujeres que habíamos liberado con él, y le prometí que volvería pronto a casa. Me dio pena, solo tenía cuatro años y quería estar conmigo, pero yo deseaba ardientemente tener una oportunidad de enfrentarme a Calavera Negra. El padre Antonio me abrazó con un brillo mal disimulado en los ojos.

Arriamos un esquife y partimos hacia nuestro barco. Durante el corto trayecto pensé que la suerte estaba echada y que aquel cascarón de tablas bien podría ser nuestra tumba.

Al subir al *Nuestra Señora de Consolación* fui recibido con alegría por todos los tripulantes, especialmente por Rufo, Sharp y Maku Piku. Noté que, después de las vivencias que habíamos compartido en aquella expedición de rescate, se había fraguado entre nosotros una profunda amistad.

El barco levó anclas y el loro *Bocazas* se posó en mi hombro gritando consignas contra Calavera Negra.

* * *

Al día siguiente se despertó un amanecer nebuloso. La siniestra bruma impedía ver más allá de cinco o seis metros y temíamos que, de un momento a otro, detrás de aquella neblina aparecieran los barcos de Calavera Negra.

La tripulación se rebullía inquieta.

El señor Logan y Brian Sharp escrutaban el horizonte sin ver nada. Sus rostros reflejaban inquietud y preocupación.

—¡Calavera Negra, Calavera Negra! ¡Pirata! —el loro *Bocazas* sobrevoló el barco, soltando su retahíla de palabras.

La niebla se fue disipando poco a poco y dos puntos negros aparecieron en el horizonte.

—¡Ahí los tenemos, son dos navíos! Si las banderas no engañan, vienen a por

nosotros Calavera Negra y Jean Pata de Palo —dijo Brian Sharp pasando el catalejo al señor Logan.

—El señuelo ha funcionado. ¡Soltad todo el trapo! Vamos a intentar dar esquinazo a estos filibusteros —ordenó Walter Logan.

Los marineros se pusieron manos a la obra. Todo el mundo trabajaba febrilmente para que el barco navegara a la mayor velocidad posible.

Transcurrió lentamente toda la mañana.

Nada. No había forma de dejar atrás aquellos navíos. Todo lo contrario, cada vez estaban más cerca. Eran endiabladamente rápidos.

Hubo un momento en que no hicieron falta los catalejos para avistar las banderas negras ondeando amenazadoras. Los barcos enemigos se acercaban y antes de media hora nos darían alcance. Lo peor era que aquellas dos naves que se veían ya tan cercanas eran superiores a nuestras fuerzas.

—Son el *Depredator*, el bergantín de Calavera Negra, y la balandra *Caimán*, el navío de Jean Pata de Palo —me confirmó mi tío—. Entre ambos artillan más de setenta cañones. Nos espera un infierno de fuego.

—¡Piratas! ¡Calavera Negra! ¡A cubierto! —el loro *Bocazas* pareció notar el peligro y se lanzó volando hacia la cruceta del palo más alto.

La gente de nuestro barco limpiaba y preparaba sus armas para la batalla. Saqué mi pequeña pistola de bolsillo, con doble cañón, y puse dos proyectiles, pólvora y papel para apelmazar. Luego, cogí la pistola de Calavera Negra que aún guardaba y entonces me pregunté por qué me había arrojado aquella arma de fuego el día del asalto a Nevis. Era un arma perfecta, precisa (la había probado en varias ocasiones y aseguraba un tiro certero). Tenía una flor de lis grabada en la culata, lo que me llevó a pensar que había sido el arma de algún oficial francés. Como había prometido, utilizaría esta pistola para matar a Calavera Negra. Introduje pólvora, una bola de plomo y un trozo de papel. Lo apelmacé todo con la baqueta y guardé el arma. Había llegado el momento de mi venganza.

Pensé en mi hermano. Él volvía a casa sano y salvo. Había cumplido la promesa que me hice, pero ahora estaba en riesgo mi vida.

De repente, se hizo el silencio en el barco. Presentíamos que aquel sería nuestro último día. No había escapatoria posible y la muerte insinuaba ya su presencia, dispuesta a llevarse hasta el último ser vivo de nuestro barco. El cielo lloró finas gotas de lluvia, preparando así el escenario del inminente combate.

Algunos hombres musitaban sus oraciones, cubriéndose el rostro durante unos instantes. Otros se arrodillaban y maldecían la inoportuna falta del padre Antonio, añorando sus breves bendiciones, precisas para morir en paz; otros más tragaban saliva y miraban con miedo a los navíos piratas. Recé una breve plegaria en voz baja,

consiguiendo olvidar en ese lapso de tiempo a mis enemigos. Pensé en mi madre y mi hermano. Recordé a Lidia y sentí no poder abrazarla en estos últimos momentos. Entonces les prometí, donde quiera que estuvieran, que lucharía hasta al final como un verdadero soldado, como hubiera hecho mi padre, el capitán John Scott.

Mientras terminaba de rezar, súbitamente noté a mi alrededor una quietud muy grande, sospechosa. Algo singular sucedía y un escalofrío me recorrió el cuerpo. Sentí que la soledad me envolvía con unas manos lúgubres. ¿Dónde estaba Walter Logan? ¿Y Brian Sharp? Los necesitaba cerca de mí: eran marinos veteranos, duchos en estas lides y su sola presencia me reconfortaría en aquel momento. Tampoco veía a Maku Piku, ni a Rufo, ni a la gran mayoría de los hombres de Logan. Faltaba mucha gente en la cubierta, empapada ya con la lluvia. ¿Dónde estaban? ¿Se habían escondido como ratas?

Busqué con la vista los botes intuyendo, alarmado, que habían huido. Observé con alivio que todos los esquifes estaban en su sitio; además, tal cosa no tenía sentido: en un bote los piratas les darían caza más pronto que tarde.

—¿Qué sucede aquí? —grité enfurecido a la tripulación—. ¿Dónde están Walter Logan y sus hombres? ¿Dónde se esconden? ¡Debemos defendernos, luchar!

—¡Olvidemos a los cobardes! ¡No hay escapatoria posible y toca enfrentarse a Calavera Negra! —clamó mi tío Robert.

En la cubierta quedaba menos de la mitad de la tripulación; ya éramos pocos, como para que se rajara la tropa del señor Logan. Los hombres que quedaban miraban con espanto los barcos piratas. No eran cobardes, pero temían a una muerte que veían inevitable.

El viento acercaba los terribles gritos de guerra de los piratas, aullidos capaces de espantar a los más valientes. Miré a través del catalejo y contemplé con un nudo en las tripas las caras de Calavera Negra y sus hombres que, apoyados en la borda, sonreían y acariciaban sus armas prestas para el asalto. Los piratas intuían la carnaza fácil, se sentían poderosos, estaban rabiosos y ansiaban venganza y, como lobos, olían la sangre. Dos buques bien armados contra uno. Setenta cañones frente a treinta. ¡Qué corta potencia de fuego se me antojaba ahora la que artillaba el *Nuestra Señora de Consolación* frente a nuestros enemigos!

Hubiera preferido no oír las carcajadas de los piratas que resonaban en el mar; pero estaban ahí, haciendo mella en la tripulación, aumentando el miedo de todos y penetrando insidiosamente en el ánimo de cada uno.

—La lucha es inútil, nos doblan en número y tienen muchísimos cañones. Además, el señor Logan y su parte de la tripulación han desaparecido. Rindámonos y los piratas serán benévolos con nosotros —dijo uno bajando sus armas.

—¿Benévolos los piratas? ¡Aunque seamos pocos y no esté el capitán Logan, lucharemos! ¡Si nos rendimos ahora, nos matarán sin piedad! —afirmé.

—¡Cierto, cierto! —gritaron algunos.

—¡Y, antes de matarnos, estos sádicos piratas nos torturarán! —clamó mi tío levantando la espada.

—¡Sí, mejor morir luchando, no somos cobardes! —bramó un marinero moviendo amenazadoramente un chuzo.

Los hombres asintieron convencidos. Comprendían que aún había algo peor que la muerte: caer vivos en manos de Calavera Negra.

—¡Moriremos con las armas! ¡A por ellos! —gritaron a una.

Oímos un sonoro portazo y la escotilla de proa se abrió de repente. De la penumbra emergió la cabeza de Maku Piku, envuelta en un pañuelo negro y con una sonrisa siniestra en el rostro. Siguió subiendo. Le colgaban del cinto tres pistolas cargadas y empuñaba un poderoso sable. Sus ojos despedían odio, furia y valor. ¿Era Maku Piku? Sí, pero parecía otro.

La sorpresa de todos los hombres de cubierta se acrecentó cuando, poco a poco, fueron saliendo la gente del señor Logan. Iban armados hasta los dientes y vestidos de filibusteros. Si su aspecto no nos engañaba, aquellos hombres eran piratas. Sus miradas amenazadoras y burlonas helaban la sangre.

Me di cuenta de que teníamos al enemigo en nuestro barco. ¡Habíamos sido engañados como tontos! ¡Era una trampa!

Capítulo XVI

Igor el Rojo

—¡Izad nuestra enseña roja, muchachos! —gritó Maku Piku a dos tipos que le seguían y llevaban una bandera color sangre, pintada con una calavera cruzada con dos tibias.

Nadie se movió. El estupor paralizaba a todos los hombres, que se veían acorralados por el enemigo de puertas adentro. Con aquella bandera izada tomarían el barco sin resistencia y yo no estaba dispuesto a permitirlo.

—¡Detente, maldito traidor! ¿Dónde está el señor Logan? —me encaré con Maku Piku.

—El señor Logan ha muerto —me soltó el sirviente negro con una amplia carcajada.

—¡Dios mío! ¡Malvados!

Empuñé mi pistola y encañoné a Maku Piku con furia, dispuesto a disparar.

—Confiábamos en ti... ¿Cómo te has atrevido? ¿Has matado al señor Logan? ¡Canalla!

—¡Baja tu pistola, Peter! Esta batalla no es para Walter Logan, sino para Igor el Rojo —gritó el mismísimo señor Logan, que salía de la escotilla con una casaca roja y una gran espada al cinto.

—¡Igor el Rojo! —exclamé asombrado—. ¿Pero no decían que era tuerto?

—Eso decían... —me respondió Igor riéndose.

Sacó un parche de su bolsillo, se lo colocó en el ojo izquierdo y con una sonrisa me guiñó el derecho.

—Esta pequeña treta me ha servido para ocultar mi identidad —me dijo dejándome sorprendido.

—¡Es Igor el Rojo! ¡El enemigo mortal de Calavera Negra! ¡Viva Igor! —clamaron los marineros reconociendo al famoso pirata desaparecido, eterno adversario de Calavera Negra.

—Dejad de mirarme boquiabiertos, boquerones. Cargad los cañones, preparad los garfios de abordaje. ¡Ha llegado la hora de nuestra venganza! Mis hombres y yo también tenemos cuentas pendientes con Calavera Negra. ¡Virad, todo a estribor, vamos a por ellos!

Los marineros cumplieron rápidamente sus órdenes y el *Nuestra Señora de Consolación* dio la vuelta y enfiló su proa en dirección a los barcos enemigos.

—¡Igor el Rojo! ¡Debí haberlo adivinado! —musitó mi tío, aún asombrado de todo lo

acontecido.

—Señor Logan... O señor Igor el Rojo... Jamás pensé que esta expedición hubiera sido impulsada por un pirata —dije recuperándome del susto.

—¡Ja, ja, ja! Aquí me tienes. Me fui al único lugar del mundo donde el virrey no me buscaría, ¡su propia isla! Ahora Igor el Rojo vuelve para vengarse y dar su merecido a Calavera Negra.

—En estos momentos, me alegra teneros como aliado, sois el único hombre de todo el mar Caribe que puede plantar cara a Calavera Negra —dijo Robert Scott, muy animado.

—¡Excelente, excelente! —intervino Brian Sharp—. ¡Calavera Negra se va a ver sorprendido y nosotros le vamos a dar su merecido!

—Caballeros —bramó Igor el Rojo dirigiéndose a toda la tripulación y señalando al enemigo—, unidos les venceremos. Hoy es el día fijado por el Altísimo para la gran batalla. Entraremos a sangre y fuego entre los dos navíos.

La tripulación gritó enardecida, elevando sus armas al aire: chuzos, espontones, hachas, dagas, alfanjes, pistolas, mosquetes, todo bien cuidado y perfectamente preparado para atacar.

—He estado oculto mucho tiempo —continuó Igor—, esperando la oportunidad de verme de nuevo con Calavera Negra y vengar a mi familia. Hoy vuelve Igor el Rojo a los mares para cumplir un antiguo juramento. ¡Y no vamos a desaprovechar esta ocasión! Puede que no vivamos para contarlo, pero gastaremos hasta nuestra última gota de sangre para intentar vencer a Calavera Negra. ¡A por ellos!

—¡A por ellos! ¡Viva Igor el Rojo! —aulló a una toda la tripulación.

Tras la arenga del flamante pirata, la bandera de Igor el Rojo fue finalmente izada. Y, unidos a aquel estandarte de gran fama, los gritos de guerra se multiplicaron en el navío y el entusiasmo entró en los corazones de todos.

Entonces me di cuenta de que Igor y sus hombres no eran perdonavidas, de esos tipos que hablan más que actúan, sino verdaderos jabatos de mar, que lucharían hasta la extenuación, sin miedo.

El señor Logan o Igor el Rojo reía satisfecho. Me pasó el catalejo señalándome los barcos enemigos, ya muy cercanos. Y pude ver que los piratas habían callado, sorprendidos.

—Estas ratas de mar no esperaban que la presa se revolviera, que los perseguidos fueran otros piratas, enemigos para más señas y que, de repente, hayamos virado el barco y enfilemos hacia ellos —dijo Igor el Rojo cogiendo el timón.

Yo, que había pasado verdadero miedo, de repente me sentí aliviado y, por primera vez, pensé que podíamos salir airoso de aquella batalla.

Observé con el catalejo cómo cundía el nerviosismo en las filas de Calavera Negra,

habían reconocido la bandera roja de Igor y no esperaban toparse con su temible enemigo, al que daban por muerto.

—Por fin llegó el momento que tanto hemos deseado. Es la hora de ajustar cuentas con Calavera Negra y, si Dios quiere, este trozo de mar salado será su tumba —me dijo Rufo afilando una gran espada.

Pensé que nuestras fuerzas eran inferiores, teníamos menos cañones y entre los dos barcos podían acorralarnos, pero... ¿Qué más daba eso si tus hombres son hábiles y certeros? ¿Qué importaban más o menos bocas de fuego si se usaba la astucia y la sorpresa, si había grandes dosis de valentía y arrojo? Los hombres de Igor derrochaban un gran valor y poderío físico, eran indómitos y tenían un fascinante espíritu guerrero. Había posibilidades de ganar. Con todos esos pensamientos me apresté a luchar.

Los artilleros cargaban los poderosos cañones de bronce y apuntaban al enemigo con sus bocas negras, prestas a disparar fuego y metralla. Rufo me explicó que buscarían, con aquella primera andanada a discreción, herir a los máximos enemigos posibles, pero también dañar la arboladura de los dos barcos enemigos.

—Es fundamental que cada palo, cada botavara que sostenga o tense una vela sea dañada —me explicó Rufo—, así les impediremos maniobrar y un barco que no puede moverse es un pelele ante sus enemigos.

Muchos fusileros se apostaron para disparar la primera descarga. Maku Piku tomó un falconete con sus fuertes brazos. Dispararía con aquel ligero cañón para dar la bienvenida a los enemigos. Otros piratas sacaron más cañones de bajo calibre y, colocándolos sobre unas horquillas que se encontraban en la borda, se aprestaron a abrir fuego.

—Con estos cañones barreremos las cubiertas —Maku Piku me guiñó un ojo sonriendo—. Les daremos abundante metralla y allanaremos el camino del abordaje.

—Brian —Igor el Rojo daba sus últimas órdenes—, coge la mitad de los hombres y con ellos asaltas el barco de Jean Pata de Palo. El capitán Scott, Rufo, Maku Piku y Peter vendrán conmigo. Calavera Negra es nuestra pieza principal e iremos a por él. ¡Boquerones, echad abajo el velamen de estos navíos!

Los cañones estaban preparados, los artilleros encendían las mechas y en ese momento el *Nuestra Señora de Consolación* entró entre las dos naves enemigas.

Capítulo XVII

La batalla final

—¡Fuego a discreción! ¡Disparad sin piedad! —gritó Igor el Rojo con toda su alma.

Decenas de cañones lanzaron con virulencia sus bombas, provocando un estruendo ensordecedor. Toda la tripulación descargó sus armas de fuego. Cayeron los primeros heridos, acribillados. Y el aire quedó impregnado de pólvora, expandiéndose un humo negro que irritaba los ojos.

Volaban las bolas de plomo violentamente y me fijé que nuestros cañones hacían destrozos por doquier. Noté que la cubierta del barco de Calavera Negra era barrida. ¡Habíamos roto su velamen y aquel barco quedaba inmovilizado! Llovían las astillas, los clavos, la metralla retorcida.

—¡Tomad fuego, malditos! —gritó un artificioero.

—¡Plomo va, canallas! —aulló otro.

Observé cómo Jean Pata de Palo y sus piratas asaltaban nuestro barco. Brian Sharp y sus hombres contenían a duras penas el ataque, por lo que Igor el Rojo, Maku Piku y otros marineros corrieron en su apoyo.

Los hombres que tenían orden de atacar el barco de Calavera Negra ya habían lanzado sus garfios de abordaje y volaban hacia él, aprovechando el desconcierto de su tripulación, bastante diezmada con el certero bombardeo inicial al que habían sido sometidos. Sentí una fuerte mano que me atenazaba.

—Si salimos de esta, chaval, lo celebraremos juntos en la taberna del Holandés —me gritó Rufo—. Con el mejor ron que se haya destilado en esta perra vida. ¡Vamos al asalto, en busca de Calavera Negra!

Rufo se colocó su sable entre los dientes, me dio un cabo de cuerda, tomó él otro y nos lanzamos con furia al barco de nuestros enemigos.

Caímos con violencia sobre la cubierta del *Depredator*, oculta bajo una amalgama de astillas, trozos de telas, sangre, esquirlas de balas, armas, heridos y cadáveres. El humo de la pólvora impedía ver bien, pero vislumbré cómo mi tío luchaba con denuedo con varios piratas.

Rufo y yo peleábamos codo con codo, batiendo enemigos. Me atacó un pirata y, sin pensarlo dos veces, le disparé mi pistola. Luego se me acercó otro, armado con un chuzo, esquivé sus golpes y le herí severamente. Se veían muchos enemigos. Rufo había despachado hábilmente a dos piratas y me señaló el castillo de popa, donde se

encontraba Calavera Negra, arengando a sus hombres en la batalla.

Con varios compañeros, nos abrimos paso hacia él y, en el camino, saqué la pistola, presto a disparar.

Cuatro musculosos piratas nos cerraron el paso; era la guardia personal de Calavera Negra, pero Rufo y los otros hombres se enfrentaron a ellos.

Y el destino me puso allí, solo, en el castillo de popa del *Depredator*, frente a Calavera Negra.

—Vaya, vaya. El joven Scott de nuevo. No esperaba encontrarte tan pronto y me sorprendes con las pistolas descargadas —gruñó con una sonrisa siniestra, mientras desenvainaba su espada.

—Es vuestra hora, Calavera Negra, vengo a devolveros vuestra pistola, con una bola de plomo. Así vengaré a mi padre —respondí apuntándole con la pistola de la flor de lis que me había lanzado en nuestro enfrentamiento de semanas atrás.

—¿Te atreverás a disparar a bocajarro a un hombre desarmado? No lo creo, eres un caballero —replicó clavando su espada en el suelo y mirándome con sarcasmo.

Dudé. Me habían enseñado a luchar, no a matar como un miserable carnicero.

—Merecéis morir. Así dejaréis de causar dolor —repliqué apuntando el arma, pero sin estar seguro de lo que hacía. Pensé en soltar aquella pistola y enfrentarme espada en mano a Calavera Negra, pero aquel temible pirata me mataría en un abrir y cerrar de ojos, era más fuerte y hábil que yo.

—¡Ja, ja, ja! Adelante, mátame —rió aquel demonio de maldad, abriendo sus brazos en forma de cruz.

En aquel momento, me percaté de que jamás iba a disparar, yo no era un bellaco.

—Rendíos, no voy a mataros a sangre fría.

—¿Rendirme? Calavera Negra jamás se rinde —dijo claramente enfadado.

Y entonces todo sucedió muy rápido. Me desarmó con una certera patada y se abalanzó sobre mí como una fiera. Caí hacia atrás, golpeándome, y, aún aturdido, noté cómo el cuchillo de Calavera Negra buscaba mi cuerpo. Me aferré a su mano con todas mis fuerzas, pero eran insuficientes para detenerle.

—Tú no tienes agallas para matar, pero yo sí —jadeó, con una mirada asesina.

Estaba a punto de matarme, pero mi tío Robert acudió en mi auxilio y me salvó la vida. Se arrojó sobre Calavera Negra y ambos se enzarzaron en una pelea de cuchillos y puños. Parecían dos verdaderas bestias.

Yo seguía aturdido. El humo de pólvora, los ruidos de sables, los gritos, los fogonazos, todo me llegaba confusamente.

Me fijé cómo dos piratas acudían en ayuda de Calavera Negra y entre los tres cercaban a mi tío. Quise ayudarle, pero me movía con lentitud y torpeza, conmocionado por el golpe que me había dado en la cabeza al caer. Robert Scott se defendía con

fortaleza y mató a uno de los piratas. Calavera Negra aprovechó la superioridad numérica para hacerse con una pistola cargada e hirió de muerte a mi tío. «¡Otro Scott menos!», aulló el muy cobarde.

—¡No, no! —grité, logrando salir momentáneamente de mi atolondramiento.

Rufo se lanzó contra Calavera Negra, cruzando su espada con él. Yo disparé mi pistola y maté al otro pirata, con la bala destinada a Calavera Negra.

Me acerqué a mi tío, que estaba postrado, con el rostro lívido.

—Aún no nos han vencido a todos... sigue luchando, Peter... Estoy contento... muero batallando en un barco y no borracho en cualquier taberna. Déjame y vuelve a la lucha...

—Te vengaré. A ti y a mi padre...

Robert Scott asintió con una sonrisa en los labios. Y, en el momento en que expiraba, durante un instante, pensé que él había vencido, había logrado dejar la bebida y volver al mar como lo que era, un valiente soldado.

Me levanté, enardecido, armado con mi espada, dispuesto a seguir combatiendo. Y, mientras me enfrentaba a un pirata, una frase resonaba en mi interior, machaconamente: «Debo matar a Calavera Negra, debo matar a Calavera Negra».

Había sangre por doquier y observé, estupefacto, cómo el Nuestra Señora de Consolación huía de la contienda. ¡Igor el Rojo y los suyos nos abandonaban! Miré a Rufo que seguía enredado con Calavera Negra y me llevé la mano a la frente. Me dolía la cabeza y creí ver visiones cuando comprobé que dos buques con la bandera de la armada británica se nos acercaban.

Calavera Negra también debió de verlos porque se lanzó con ímpetu sobre Rufo, intentando terminar el combate. Ambos luchaban subidos a la borda, como dos equilibristas. Y, en el fragor de la batalla, me pareció oír solo el cruce de sus aceros. Había odio en las miradas de los dos antiguos socios. Rufo parecía llevar la peor parte en la contienda, pero era fuerte y hábil; contuvo las embestidas del pirata y le hirió con una cuchillada en el hombro. Calavera Negra se tambaleó perdiendo el equilibrio y cayó por la borda.

Rufo bajó al suelo y se asomó al mar. Yo también me acerqué, deseoso de ver el fin del malvado pirata.

Pero aquella sabandija tenía la suerte de cara: desde el Caimán lo vieron, él nadó como pudo hasta el barco y lo rescataron lanzándole un cabo. Luego, aquel buque pirata, viendo la batalla perdida ante la llegada de dos navíos repletos de soldados, emprendió la huida a todo trapo.

El Depredator estaba casi sometido por nuestros hombres cuando fue abordado por el capitán Morg y decenas de soldados. Los últimos piratas de Calavera Negra se iban rindiendo.

—Bajad las armas –grité a los nuestros–. Son soldados de su Majestad.

Algunos hombres dudaron, otros siguieron luchando unos instantes más, pero al final todos depusieron las armas viendo que el barco era tomado por los infantes de marina.

—¡Piratas, quedáis presos en nombre de su Majestad! –proclamó Morg.

—¡Capitán Morg, señor! Soy el cadete Peter Scott.

—¿Y...?

—En aquella balandra escapa el mismísimo Calavera Negra, mandad perseguirlo. ¡Va en el Caimán, en el barco de Jean Pata de Palo!

—Aquí las órdenes las decido yo. Prended a todos estos hombres, incluido a este muchacho tan elocuente –dijo Morg señalándome.

—¡Pero, señor! ¡Escaparán si no les perseguimos! –exclamé desesperado.

—Calla de una vez, pirata.

—¿Pirata? No soy un pirata, capitán. Soy Peter Scott, el hijo de John Scott. ¿No me reconoce? Nos conocimos en el palacio del gobernador, cuando usted le regaló el tigre de Bengala.

—¡Claro que te reconozco! Pero no es la primera vez, ni será la última, en que un maldito soldado se pasa al bando de los piratas.

—Le digo que ni yo ni estos hombres somos piratas, todos nosotros venimos de rescatar a los cautivos del asalto a Nevis.

—¿Qué cautivos? ¿Dónde están los cautivos? ¿Te atreves a tomarme el pelo, desgraciado? En este barco ondea la bandera de Calavera Negra, en aquel la de Igor el Rojo. Allá va Jean Pata de Palo. ¿Crees que soy ciego?

—Hemos rescatado a los cautivos de Calavera Negra, hemos entrado en su isla, hemos...

—¡Patrañas! ¿Qué historia tan fantástica es esa? Nadie puede entrar en la Isla de los Predadores.

—¡Nosotros sí hemos entrado y no somos piratas! –insistí airado.

—Calla de una vez, mozalbete, y deja de mentir. Tus cuentos imaginarios no te impedirán esquivar la horca –Morg me soltó una sonora bofetada que me tiró al suelo.

Una llamarada de ira se encendió en mí y cogiendo una espada me lancé hacia él, que con un salto evitó mi cuchillada. Varios soldados me rodearon y prendieron.

—He aquí un verdadero pirata, un maldito golfo –clamó Morg–. Y se atreve a proclamar que no es un pirata. ¡Eso es lo que dicen todos! Pero aquí no hay sino piratas: dos facciones de malditos asesinos, que como hienas pelean por un botín.

—Somos inocentes... –musité casi llorando de rabia.

—¡El chico ha dicho la verdad! ¡Él y muchos de los aquí presentes no son piratas! ¡Cometéis una gran injusticia! –clamó Rufo, indignado.

—¡Sí, hombre, sí! ¡La horca os espera! Desde ahora este barco pertenece al virrey

de Sant Dennis, los presos, a la bodega y los heridos más graves, por la borda. Serán alimento de los tiburones y ahorraremos trabajo al verdugo.

—Las ordenanzas de la marina de su Majestad mandan respetar a los heridos — repliqué alarmado ante tamaña barbaridad.

—Te repito, pirata, que aquí las órdenes las doy yo y mis normas dictan que nunca damos cuartel a los piratas.

* * *

Y, antes de que pudiera contestar a esto, dos soldados me cogieron fuertemente y me lanzaron a la bodega junto a los otros hombres.

He aprovechado los momentos de cautividad en la bodega para escribir este relato, así se sabrá mi historia y quedará constancia de la terrible injusticia que se está cometiendo.

El barco navega de vuelta, se dirige a Saint Kitts y debe quedar poco para llegar. Bajo la luz que se filtra por la rendija de la escotilla voy terminando de redactar este cuaderno.

Es injusto lo que nos hacen. No merecemos este trato. No comprendo al capitán Morg. ¿Qué pretende? ¿Por qué no persigue a Calavera Negra? ¿Cómo es que no cree mis palabras? No sé qué está maquinando, pero él tiene el mando y no puedo hacer nada. Está empeñado en llevarnos a la horca, a todos, sin dilaciones. Veo odio en sus ojos y sé lo cruel que puede llegar a ser.

Lloro por mi tío, Robert Scott, que me ha salvado la vida y ha librado su última batalla. Pienso en mi madre, en Dick, en Lidia... ¡Los quiero tanto! Desearía verlos por última vez, decirles que no temo a la muerte. Lo que verdaderamente me da miedo es ser ajusticiado en un patíbulo, como un criminal sin honor.

Tengo la esperanza de que algún día se haga justicia. De que alguien pueda leer este manuscrito y saber que Peter Scott, el hijo del capitán John Scott, nunca fue un pirata.

Epílogo

Ocho horcas

—No llores —dijo Rufo mientras posaba cariñosamente su mano sobre el hombro de Peter Scott, que sollozaba de rodillas, desconsolado.

—No pierdas la esperanza. Quizá tu manuscrito llegue a manos del gobernador. Aún no tenemos la cuerda al cuello —insistió el antiguo pirata.

—La muerte no me da miedo, Rufo. Temo la vergüenza, el deshonor de morir en la horca. No soy un pirata —respondió Peter.

—Al menos tienes la conciencia tranquila. Otros merecemos ser ahorcados —musitó Rufo con un profundo suspiro.

—Pero tú dejaste la piratería, fuiste perdonado y te han atrapado luchando contra Calavera Negra.

—Ya. Pero mis fantasmas no me abandonan. Precisamente ahora que la muerte afila su guadaña, todos mis crímenes se agolpan en mi interior y no hay sitio para cobijar tanta fechoría. Merezco morir ahorcado por ellos, te lo aseguro.

—Te equivocas, ante Dios no eres un pirata. Y todos sabrán algún día que fuimos condenados y ahorcados injustamente —aseguró Peter, viendo que ya llegaban los soldados para llevarles al patíbulo.

Los cerrojos de la prisión se abrieron y los presos fueron sacados con violencia.

—¡Vamos, bastardos! ¡Andando, criminales piratas!

Los cautivos salieron al exterior y la luz les deslumbró. No obstante, pudieron ver cómo en el centro de la plaza del fuerte se elevaba un gran patíbulo con varias horcas. Los convictos miraban con miedo las cuerdas, ocho en total, que colgaban amenazadoras, balanceándose con el viento.

Los reos, blancos de espanto, invadidos por una horrible angustia, se resistían a avanzar hacia la muerte que les esperaba. Algunos habían llorado y pedían clemencia y perdón. Otros, los menos, afrontaban la vil ejecución como algo previsto, casi sin inmutarse. Un sacerdote los acompañaba, procurando confortar a los presos en este último trance. Unos condenados pidieron rezar los Salmos del Rey David y el sacerdote entonó con ellos:

*¡Ten piedad de mí, Señor, por tu bondad,
por tu gran compasión, borra mis faltas!*

*¡Lávame totalmente de mi culpa
y purifícame de mi pecado!
Porque yo reconozco mis faltas
y mi pecado está siempre ante mí...*

Los ocho primeros hombres subieron los escalones. En esta primera tanda estaba Peter Scott, que subía cada peldaño mirando al suelo, como un proscrito. Pero él no era un pirata, tenía la conciencia tranquila y por eso al llegar al tablado miró fijamente a la muchedumbre, que gritaba furiosa, deseosa de ver piratas colgando de las sogas. El sacerdote seguía recitando, seguido por los demás reos:

*Esconde tu rostro de mis pecados,
y borra todas mis maldades.
Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,
Y renueva un espíritu recto dentro de mí...*

Peter Scott miró fijamente al capitán Morg, que observaba divertido la escena, haciendo burlas de los rezos del sacerdote entre sus hombres.

*Un corazón contrito y humillado,
¡Oh Dios!, tú no lo desprecias.*

—Abrevie la salmodia, padre, que ha de comenzar el espectáculo —dijo Morg sarcástico, provocando la hilaridad de sus soldados—. ¿Tienen algo que decir estos señores piratas?

La plaza entera calló, esperando escuchar las últimas palabras de los presos.

—Somos inocentes —gritó Peter mirando desesperado a Morg—. Soy un soldado. Estos hombres y yo no somos malhechores. Por una maldita coincidencia nos habéis cogido en un barco con bandera pirata; pero no lo somos. Nos hemos enfrentado a Calavera Negra.

Sorpresa y murmullos del público de la plaza.

—Callad a ese necio, está loco de atar —respondió Morg, provocando la risa de todos.

—¡Sabéis que no es cierto! Soy el cadete Peter Scott y hemos rescatado a los presos de Calavera Negra. Mi padre murió a manos de los piratas.

—Verdugo, cierra la boca de ese bastardo malnacido y mentiroso. ¡No hay clemencia para los piratas! —bramó Morg y la muchedumbre gritó jubilosa.

El verdugo apretó una mordaza contra la boca de Peter Scott y fue ajustando las cuerdas al cuello de cada preso.

Peter Scott cerró los ojos e imaginó el navío *Nuestra Señora de Consolación* navegando a todo trapo bajo el mando de Igor el Rojo y sus secuaces. Y pensó que la fatalidad se había cebado con los Scott. Mientras Igor el Rojo surcaba libre los mares, él estaba a punto de morir ahorcado. Este es el sino de los Scott: valientes marinos que sucumben ante un destino marcado por la mala estrella. Como le pasó a su padre. Como le pasó a su tío. Pensó de nuevo en Igor el Rojo. Ahora, junto a sus hombres, estaría huyendo a la parte más recóndita del mundo para disfrutar del tesoro. Eso era tener suerte, concluyó para sí. Le quedaba un débil consuelo: Igor el Rojo, Brian Sharp, Maku Piku y el resto de antiguos piratas habían escapado... y eran hombres valerosos... y quizá aún les quedaran ganas de cancelar sus cuentas pendientes con Calavera Negra: el último pirata, el único ser en la tierra capaz de aunar a todos los maleantes del orbe, el único que convencía a tantos de que la piratería era un negocio próspero y rentable. Dentro de algún tiempo alguien vencería a Calavera Negra y los piratas serían borrados de la faz de la tierra.

Peter Scott miró por última vez a Rufo y este, con una leve sonrisa, le guiñó un ojo.

—No te preocupes. Ten fe —dijo el pirata comenzando a tararear una canción religiosa.

Peter cerró los ojos, pidió perdón por sus pecados y se puso a rezar.

De repente se escuchó un tropel de caballos. Gritos y alboroto entre la gente que observaba la ejecución.

—¡Deteneos! ¡Órdenes del rey! —el capitán Van Wilson llegaba con un pelotón de soldados a caballo. Agitaba en sus manos unos legajos.

—¡Verdugo, haz tu trabajo! ¡Soldados, rodead el patíbulo! —ordenó Morg.

Un pelotón de soldados se desplegó en torno al cadalso para blindarlo y proteger la ejecución.

—¡La ley es ciega, cúmplase de una vez! —gritó Morg, impaciente.

Pero algo inaudito ocurrió. El verdugo se quitó la capucha dejando ver el rostro de Brian Sharp. Y, de entre la chusma, salieron Igor el Rojo, Maku Piku y los otros piratas, armados con mosquetes y espadas.

—¡Hoy no será posible, capitán Morg! Veréis, es mi día de descanso y además tengo varias pagas atrasadas —gritó Brian Sharp soltando a los presos.

—¡A las armas! ¡Fuego! —aulló Morg, fuera de sí.

—¡Alto! ¡Un movimiento más y mis hombres dispararán! —gritó a su vez Van Wilson, mientras sus soldados rodeaban la plaza y apuntaban a la gente de Morg—. Traigo una proclama del mismísimo rey con el perdón para estos piratas.

—¡Estáis loco, Van Wilson, esto os costará caro! —replicó Morg, rojo de ira.

—Os equivocáis, capitán Morg. El rey ha concedido indulgencia. Aquellos piratas que desde la fecha de este escrito se rindan de forma voluntaria y prometan no volver a

ejercer la piratería, se librarán de la horca y quedarán libres sin cargo alguno. Y me aseguran que estos hombres no son piratas y han luchado contra Calavera Negra. Conocéis a este muchacho, es Peter Scott, uno de nuestros más valientes cadetes.

—Todos estos prisioneros viajaban bajo la bandera de Igor el Rojo, aquí presente con sus hombres y aviesas intenciones. Y fueron capturados en la cubierta del barco del mismísimo Calavera Negra.

—Es cierto, pero nos consta que estos presos se rindieron sin un solo tiro, declarando no ser piratas. Capitán Morg, estos hombres se han rendido voluntariamente y no ofician la piratería, la indulgencia del rey debe serles concedida. En cuanto a Igor el Rojo y sus hombres, están aquí bajo mi conocimiento, para impedir esta injusta ejecución. Podéis deponer las armas, Igor, la situación está controlada.

—Con mucho gusto, capitán Van Wilson. Es casi mediodía y se nos ha abierto el apetito —respondió Igor el Rojo.

Morg a duras penas conseguía controlar su rabia y su despecho. No obstante farfulló:

—Sea como manda el rey —y ordenó con un ademán a sus hombres que bajaran las armas y se retiraran.

—Por orden del rey —proclamó Van Wilson— estos hombres y su barco quedan bajo mi custodia. Desde este momento esta isla está bajo mi mando. Soldados, dispersen a la multitud.

Igor el Rojo subió al patíbulo y se dirigió en voz baja a Peter Scott.

—Teníamos que volver. Según nuestro código de honor, a ti, a Rufo y al resto os pertenecía parte del tesoro robado a Calavera Negra. Por el camino nos topamos con el navío de Van Wilson, que venía con la proclama del rey. Le narramos la historia del rescate, el enfrentamiento con Calavera Negra y la llegada de los barcos de Morg. El resto de la historia ya la sabes. ¡Por fortuna, hemos llegado a tiempo!

—Hemos tenido suerte —musitó Peter, aún sin creerse que estaba vivo.

Van Wilson subió al patíbulo y Peter Scott se cuadró saludando militarmente.

—¡Capitán, a sus órdenes!

—El padre Antonio nos ha contado al gobernador y a mí cómo entrasteis en la Isla de los Predadores y cómo fuiste apresado por Calavera Negra. ¡Te has colado en la mismísima guarida de los piratas y has rescatado a los cautivos! —Van Wilson se acercó al muchacho y, con sus manos, apretó afectuosamente sus hombros—. Traigo una Real Ordenanza, firmada por el virrey de Saint Dennis donde se te asciende a alférez de navío por los servicios prestados a estas tierras.

—¡Espléndido, Peter, espléndido! —dijo Brian Sharp con una amplia sonrisa.

—¡Piratas! ¡Calavera Negra! —el loro *Bocazas* sobrevoló el cadalso y se posó en el travesaño.

De nuevo había fiesta en la casa del virrey de Saint Dennis. Peter Scott, Rufo, Igor el Rojo y sus hombres habían sido condecorados.

El gobernador escuchaba maravillado las historias que le refería Brian Sharp. Aquella tarde había recibido un extraordinario lienzo, regalo del señor Logan, o sea, de un antiguo pirata llamado Igor el Rojo.

Maku Piku contaba historias de piratas a Dick y a otros niños que jugaban en la fiesta, bajo la risueña mirada de la señora Scott.

Rufo y el padre Antonio charlaban animadamente.

Y Peter Scott buscaba ansioso a su amada. Ardía en deseos de ver de nuevo a Lidia, pero el joven temía a la gobernadora. La buena señora hacía guardia al pie de la escalera, esperando la llegada de su hija, presta a protegerla de todos los muchachos y especialmente del afamado alférez de navío. El padre Antonio había intentando, sin mucho éxito, convencer a la esposa del barón de Saint Dennis de que el amor del joven Scott por su hija era verdadero y desinteresado.

En ese momento Lidia bajaba presurosa las escaleras del palacio, elevando muestras de admiración entre los jóvenes. Peter la vio y su corazón palpitó de gozo. El padre Antonio y Rufo se lanzaron hábilmente sobre la señora gobernadora, en una maniobra perfectamente planeada y ejecutada, incorporándola a una acalorada discusión sobre si el ponche debía servirse frío o caliente. Esta hábil estratagema permitió que Peter Scott se acercara sin obstáculos a la muchacha. Llevaba un vestido rojo, como las amapolas del mejor jardín, y lucía una sonrisa hechizante. Estaba más bella que nunca. Los dos jóvenes corrieron de la mano, alejándose de las miradas de los presentes y del griterío de la fiesta, y se abrazaron con alegría.

—¿Has visto? Rufo y el padre Antonio han cercado a tu madre. Así podremos estar un buen rato juntos —le dijo Peter Scott a Lidia, exultante.

Unas lágrimas escaparon de los ojos de la muchacha.

—¡Qué alegría estar a tu lado de nuevo! —Lidia se sonrojó y bajó la mirada—. Peter, tienes que perdonar que desconfiara de ti. He recibido un cuaderno donde contabas tu historia...

—¡Te llegó mi manuscrito! —exclamó el joven sonrojándose.

—Así es. Y rápidamente se lo hice llegar al capitán Van Wilson. Sé que has luchado por tu hermano, por las personas de nuestro pueblo. Eres todo un héroe. Todo el mundo comenta tu hazaña junto a tus amigos y a Igor el Rojo.

—Ha sido una larga aventura... —explicó Peter Scott— y ha salido bien gracias a la valentía de hombres como el señor Logan, como Hugo Black y, sobre todo, como mi tío Robert Scott, que en paz descanse... Durante este largo tiempo no te he olvidado por un

solo momento. A veces, pensaba que jamás volvería a verte. Te quiero.

—Yo también, capitán Scott.

—Alférez de navío.

—Para mí, eres el verdadero capitán de este rescate. Van Wilson me ha contado que gracias a tu valor esta expedición ha tenido éxito.

—El capitán Van Wilson, como siempre, exagera...

La joven negó con la cabeza y ambos se besaron. Tras el beso sobraban las palabras, brillaba el amor en las miradas.

—Los piratas no han sido derrotados definitivamente, ¿verdad? —preguntó Lidia con un mohín triste.

—Aún no, pero lo conseguiremos. Calavera Negra no es invencible y algún día caerá en nuestras manos. Disfrutemos ahora. Somos felices y estamos juntos.

—Podremos disfrutar de una temporada de paz —dijo Lidia.

—Cierto —susurró Peter abrazándola fuertemente.

El joven Scott miró las aguas verdes del mar y los barcos de guerra atracados en el puerto.

—Sin embargo —añadió apoyando instintivamente la mano en el pomo de la espada—, no debemos ser ingenuos. Más adelante, los piratas se armarán de nuevo, ambicionarán riquezas y nuestra prosperidad los atraerá como lobos. Y entonces, cuando miremos el horizonte, aparecerá lleno de navíos rápidos, armados con potentes cañones y en cuyos mástiles ondearán amenazadoras banderas negras. Pero, cuando llegue ese día, nosotros estaremos preparados para defender nuestra patria y luchar por nuestra libertad...

—¡Libertad! ¡Piratas, piratas! —se desgañitaba el loro *Bocazas*, posándose en el hombro derecho de Peter.

Lidia sonrió al joven alférez y unieron de nuevo sus labios, espantando a *Bocazas*, que echó a volar.

Índice

Prólogo - Cuerda de presos
Capítulo I - El manuscrito
Capítulo II - Capitanes y piratas
Capítulo III - Baile en el palacio
Capítulo IV - La invasión de la isla
Capítulo V - La taberna del Holandés Errante
Capítulo VI - Una isla inexpugnable
Capítulo VII - El capitán Morg
Capítulo VIII - Un ofrecimiento singular
Capítulo IX - La expedición secreta
Capítulo X - Un tripulante inesperado
Capítulo XI - El bergantín oculto
Capítulo XII - Un pirata arrepentido
Capítulo XIII - La tumba de Francis Stranger
Capítulo XIV - En la boca del lobo
Capítulo XV - Traición a bordo
Capítulo XVI - Igor el Rojo
Capítulo XVII - La batalla final
Epílogo - Ocho horcas

Índice

Prólogo - Cuerda de presos	5
Capítulo I - El manuscrito	8
Capítulo II - Capitanes y piratas	13
Capítulo III - Baile en el palacio	16
Capítulo IV - La invasión de la isla	21
Capítulo V - La taberna del Holandés Errante	26
Capítulo VI - Una isla inexpugnable	31
Capítulo VII - El capitán Morg	34
Capítulo VIII - Un ofrecimiento singular	39
Capítulo IX - La expedición secreta	43
Capítulo X - Un tripulante inesperado	49
Capítulo XI - El bergantín oculto	53
Capítulo XII - Un pirata arrepentido	56
Capítulo XIII - La tumba de Francis Stranger	60
Capítulo XIV - En la boca del lobo	63
Capítulo XV - Traición a bordo	70
Capítulo XVI - Igor el Rojo	75
Capítulo XVII - La batalla final	78
Epílogo - Ocho horcas	83
Índice	89